

1. BREVE APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE FENICIA

La situación geográfica de la costa sirio-palestina y, en especial, su ubicación estratégica en el centro del llamado *Creciente Fértil* configuró a una serie de asentamientos urbanos como enclaves receptores de las otras culturas situadas en los extremos: la egipcia y la mesopotámica. Aferrándonos a la definición clásica de la Historia, el contacto entre las culturas con escritura y estos enclaves nos sirve para que tengamos «conciencia histórica» de los mismos.

1.1. EL MARCO NATURAL FENICIO

Las ciudades fenicias estaban ubicadas en una estrecha franja costera que contenía en su litoral pequeñas calas. Junto a éstas existían promontorios donde se asentaron estos núcleos urbanos (Biblos, Sidón, Sarepta, Akka, etc.). También se encontraban junto a la costa islas donde igualmente se alojaron centros de población, como fueron los casos de Arados y Tiro. Sin embargo, esta última aparece actualmente unida al continente debido a los sedimentos acumulados alrededor del dique que construyó Alejandro Magno para su conquista.

Los límites del territorio fenicio quedan definidos de la siguiente manera: a) al norte, el *sahil* de Latakia (Siria); b) al este, las montañas paralelas a la franja costera: el Ğabal Nuşayrī, el Líbano y el Hermón; c) al oeste, el Mar Mediterráneo; y d) al sur, la llanura de Akka. Dentro de este marco geográfico se hallaban, de norte a sur, los siguientes núcleos: Siyānnu (Tall Sianū), Šuksu (Tall Sūkās), Ušnatu/Usnū (Tall Darūk), Paltus (‘Arab al-Mulk), Balanea (Bāniyas), Carnus (Ṭarṭūs/Tall Qarnūn’), Maratos (‘Amrit), Arados (Ruād), Simira (Tall Kāzil), Baṭruna (Al-Baṭrūn), Biblos (Ğabal), Beirut (Birūtu/Bayrūt), Sidón (Şaydā), Sarepta (Şarafand), Tiro (Şūr), Ušu (Tall Rāšidiya), Akzib (Ecdippa/Al-Zib) y Akka (‘Akko/San Juan de Acre) (Fig. 1).

El mar, la llanura costera y la montaña son los principales componentes de la geografía fenicia. La costa y las islas marcan el límite occidental. Algunos pocos valles destacan sobre la estrecha llanura costera (5 km de ancho en el tramo entre Biblos y Sidón). Y, finalmente, dominando esta banda costera y encuadrando los valles, emerge una gran masa montañosa que destaca sobre las demás cadenas: el Líbano.

1.1.1. LA MONTAÑA FENICIA

De norte a sur se hallan las cadenas montañosas siguientes: el Ğabal Nuşayrī (en la actual República Siria), el Monte Líbano con sus diferentes cimas, el Monte Hermón (Ğabal al-Şayḥ), que dobla al Líbano hacia el este, y el Monte Carmelo.

El Ğabal Nuşayrī o Macizo Alawita (o también el ğabal «la Montaña» según sus habitantes). Un nombre anónimo que se extiende desde el valle del Nahr al-Kabīr (norte) a la altura de la depresión de Bdama hasta la llanura costera de

Tartūs (Weulersse, 1940: 291s.). La hidrografía de esta zona es totalmente torrencial, lo que unido a un relieve muy inclinado hacen inutilizables sus cursos de agua (Weulersse, 1940: 309ss.). Sin embargo, la región es rica en áreas boscosas, aunque en la actualidad sólo perceptibles en el norte. Una zona que presenta dos aspectos bien diferentes: en la alta montaña dominan los castaños (esp. *Quercus callipinos*), entre los 800 y 1200 m de altitud, y las coníferas: *Abies cilicica* y *Cedrus Libani*, entre los 1200 y 1500 m; mientras que en las áreas más secas se hallan cipreses y enebros: *Juniperus excelsa*, *Juniperus oxycedrus* y *Juniperus phoenicia* (Weulersse, 1940: 312ss.; Nahal, 1966: XLII).

El *Monte Líbano* es una cadena montañosa paralela al Mediterráneo que discurre desde el llano de 'Akkār hasta el Nahr Qāsmiyā (Litani, antiguo *Leontos*). Esta larga cordillera se halla coronada, de norte a sur, por varias cimas destacables por su altitud: Qurnit al-Sawdā (3.888 m), Ġabal Šannīn (2.698 m) y Ġabal Barūk (1.948 m). La diferencia entre las dos primeras cimas y la tercera marcan la estructuración de la cadena según dos áreas: la septentrional y la meridional, que tienen su punto de separación por donde se realiza el paso hacia la Biqā' (De Vaumas, 1954: 53-83; Sanlaville, 1977: 3-6). Un aspecto importante a destacar en esta región montañosa son las fuertes precipitaciones, con cifras que oscilan entre los 1.200 mm y los más de 1.500 mm en las altas cimas. Unas lluvias que en invierno son en forma de nieve sobre buena parte de las cumbres (De Vaumas, 1954: 219s.; Sanlaville, 1977: 39ss.; Selles, 1995: 571s.). Aspecto primordial para la comprensión de las características básicas de la hidrografía y de la vegetación de la zona.

La estructura estratigráfica de la fachada occidental del Líbano favorece la aparición de niveles acuíferos que afloran en grandes fuentes (p. ej. 'Ayn Adonīs del Nahr Ibrahim, las fuentes del Nahr al-Kalb: al-'Arzāl y al-Laban, la fuente Barūk del Nahr al-Awalī, etc.) que alimentan los numerosos wadis del Líbano. Las precipitaciones invernales (diciembre-marzo) y el deshielo (abril) rigen las pautas del régimen de los cursos fluviales libaneses. Durante el estío las reservas de agua se agotan rápidamente, aunque alguna retención cárstica destacable (en el Nahr al 'Arqa y en la región de Tiro) puede contribuir a contrarrestar las pérdidas (De Vaumas, 1954: 234-42; Sanlaville, 1977: 92-98; Selles, 1995: 570s.).

Las regiones del *ġurd*: zona de vaguadas y terrazas fértiles (+ 1.500 m) y del *wusut*: las laderas de Líbano entre 1.000 y 1.500 m son utilizadas para el cultivo (Saab, 1973: 350s.). Aunque lo que más destaca son los bosques de coníferas que se encuentran en las entrañas del Monte Líbano, la gran despensa maderera de Fenicia. Allí el castaño (*Quercus callipinus* e *infectoria*) y el pino (*Pinus brutia*) se desarrollan plenamente hasta los 1.000 m, junto con algunos enebros, cipreses y tamariscos. En la media montaña, a partir de 1.200 m, todavía perviven los castaños y pinos, pero ésta es la región de los grandes abetos (*Abies cilicica*), enebros (*Juniperus excelsa*, *Juniperus oxycedrus*, etc.) y los cedros. La alta montaña, entre los 1.800 y 2.000 m, pertenece al *Juniperus excelsa* (De Vaumas, 1954: 258-68; Mouterde, 1966: XIX-XXIII; Sanlaville, 1977: 81-87; Selles, 1995: 572-75). La importancia de la explotación de las coníferas, bien por los propios fenicios como por egipcios o mesopotámicos, ha sido destacada en diversos trabajos, tanto mediante el análisis de las fuentes documentales (De Vaumas, 1954: 268-85; Brown 1969: 164-74, 192-95, 196ss., 201ss.; Elayī, 1988; Selles, 1995: 573ss.) como por el estudio paleo-botánico o dendro-arqueológico (Bottema, 1975-77; Liphsitz-Biger, 1991).

El *Monte Hermón* con su gigantesca cumbre (2.814 m) compensa la desaparición de la cadena montañosa libanesa. Su actual extremada deforestación no nos aporta la imagen de su antiguo esplendor, ya que allí se hallaba una rica zona forestal como la del Monte Líbano (De Vaumas, 1954: 90s. 295s.).

Y, finalmente, las regiones montañosas de *Galilea* y del *Carmelo* que aparecen flanqueando la llanura de Akka, siendo el Monte Carmelo la barrera orográfica que rompe la continuidad de la llanura costera.

1.1.2. LA LLANURA COSTERA

Este ámbito geográfico se haya configurado por dos peculiaridades: una estrecha franja costera con unos llanos exigüos que circundan las principales ciudades fenicias y unos espacios más abiertos que se hallan en los extremos del territorio fenicio: el llano de 'Akkār, los llanos de Sidón y Tiro, y la llanura de Akka (De Vaumas, 1954: 306s.; Saab, 1973: 354s.; Sanlaville, 1977: 6s.; Selles, 1995: 575s.).

El *Llano de 'Akkār* es el resultado de la tierra de aluvión que ha ido depositando el Nahr al-Kabīr, cuyo cauce se alimenta de las aguas de los torrentes y de las ramblas del macizo de Akrūm (norte del Monte Líbano) y de la región de la Biqaya'. Configurándose así una región muy rica para la agricultura, salpicada de *tutul* (pl. de *tell*) muy importantes desde el punto de vista arqueológico (Weulersse, 1940: 199, 212; Sanlaville, 1977: 260ss.; Thalmann, 1983-4: 344ss.).

El propio *litoral libanés* se halla estructurado según varios dominios: Trípoli, Beirut y Sidón-Tiro (De Vaumas, 1954: 142-58) o norte de Trípoli, Trípoli-Sidón y el sur de Sidón (Sanlaville, 1977: 7ss.). En estos ámbitos se hallaba la única tierra adentro agrícolamente utilizable por las ciudades fenicias (Selles, 1995: 575). Un paisaje monótono que en nada se asemeja a la amplios llanos de Israel que hay desde los montes de Judá y de Samaría hasta el mar. La montaña libanesa en algunos momentos toma contacto directo con el mar e interrumpe el carácter rectilíneo de la costa (De Vaumas, 1954: 306s.). Situación que a veces dificulta el propio contacto de norte a sur entre las diferentes regiones libanesas (Selles, 1995: 575ss.).

La *llanura de Akka* es la región natural más septentrional de Israel. Una franja de tierra llana (*terra rossa*) comprendida entre las dunas junto al mar y las primeras estribaciones de la región montañosa de Galilea. Una rica zona agrícola de cultivos intensivos (Orni-Efrat, 1966: 52-54; Levic, 1973: 283).

1.1.3. LA COSTA Y LAS ISLAS

La costa fenicia se halla llena de pequeñas bahías flanqueadas por cabos y promontorios, accidentes geográficos que aportan seguridad a ciertos enclaves, al mismo tiempo que ofrecen buenos fondeaderos para los navíos (Contenau, 1926: 31s.; Harden, 1967: 33; Moscati, 1979: 20s.; Selles, 1995: 575s.; Sader, 2000: 227).

Ruad y Šûr (antes de ser unida al continente por Alejandro Magno mediante un dique) son las islas donde se alojaban las ciudades fenicias de Arados y Tiro. Arados con una superficie de 40 ha tiene dos puertos que se hallan orientados hacia Tartûs (Rey-Coquais, 1974: 55; Yon-Cauvet, 1993: 48; Sader, 2000: 234s.). Sin embargo, la superficie de la isla de Tiro en la antigüedad es discutida (Sader, 2000: 243), aunque parece estar admitida la cifra de 16 ha (Bikai, 1987: 76; Sader, 2000: 243).

Un aspecto destacable de estos dos asentamientos es la amplitud de su superficie en comparación con los otros núcleos urbanos fenicios (Biblos, Beirut, Sidón, Sarepta, etc.) más reducidos. Así, p. ej., Biblos tenía 7 ha, Sidón 6 ha, Beirut 3 ha y Sarepta 2 ha (Sader, 2000: 237, 240 y 245).

1.1.4. DOS DESCRIPCIONES ANTIGUAS DE FENICIA

El marco geográfico que ofrecen las diversas monografías sobre la historia de los fenicios puede quedar bien visualizado con dos textos antiguos: uno del s. XIII a.C. y otro del primer siglo de nuestra era. El *papiro Anastasi I*, carta satírica contemporánea a Rameses II (Gardiner, 1911: 21*-23*), nos ofrece esta panorámica de los dominios asiáticos de Egipto:

«¿A quién se parece Simira (*Dmr*) de Sessi? ¿En qué dirección se halla Hlak(hal (*Uhl*))? ¿Cómo es su río? (...) Tú [no] has seguido la ruta del Nahr al-Kabîr (*Mgr*), donde el cielo de día es oscuro pues está cubierto con cipreses, robles y cedros que alcanzan los cielos. (...) Permíteme hablar de otra extraña ciudad, llamada Biblos (*Kbm*). ¿Cuál es su gusto? ¿Cuáles son sus dioses? Otra vez ¡tú no la has visitado! ¡Háblame, instrúyeme sobre Beirut (*Br*), Sidón (*Šdn*) y Sarepta (*Šrp*)! ¿Dónde está el curso del Litani (*Nm*)? ¿Cómo voy a Ušu (*ʿD*)? Ellos me indican otra ciudad que está en el mar: Tiro (*Šr*), «el puerto». Él toma el agua de los barcos y es tan rico en pescado como en arena. Yo te comentaré otro caso difícil: el paso de Rāš al-Naḡura (*Dṛʿm*) (...). Ven, sitúame en la ruta del sur, la que va hacia la región de Akka (*ʿk*). ¿Por dónde está la ruta hacia Aksaf (*ʿksp*)? (...) Infórmame, por favor, sobre la montaña del «Poderoso» (*usr*) ¿Cómo es su cima? ¿Dónde emerge el monte *Škm*».

Y Plinio el Viejo (*Naturalis Historia* V 75-78) nos presenta de esta manera a Fenicia:

«⁷⁵ Desde este punto nosotros volvemos hacia la costa y hacia Fenicia. Hubo antiguamente una población llamada Crocodilon, hay todavía un río con este nombre y las ciudades de Dor (*Dorum*) y Sycaminum que sólo existe en la memoria. Después viene el Cabo Carmelo y en la montaña una población del mismo nombre, anteriormente llamada Acbatana. Al lado están Getta, Geba y el río Pacida o Belus, que tiene una estrecha orilla cubierta de arena de un tipo para fabricar vidrio. Este mismo río fluye de la laguna de Gendebia al pie del Monte Carmelo. Cerrando el río está Ptolemaida, una colonia del emperador Claudio, anteriormente llamada Akka (*Acce*) y después la población de Ecdippa y el Cabo Blanco. ⁷⁶ Después Tiro, una isla separada de la costa por un profundo canal de 700 pasos de ancho, pero ahora unido a ésta por una obra construida por Alejandro cuando sitió este lugar (...) El perímetro de la ciudad, incluida Pale-

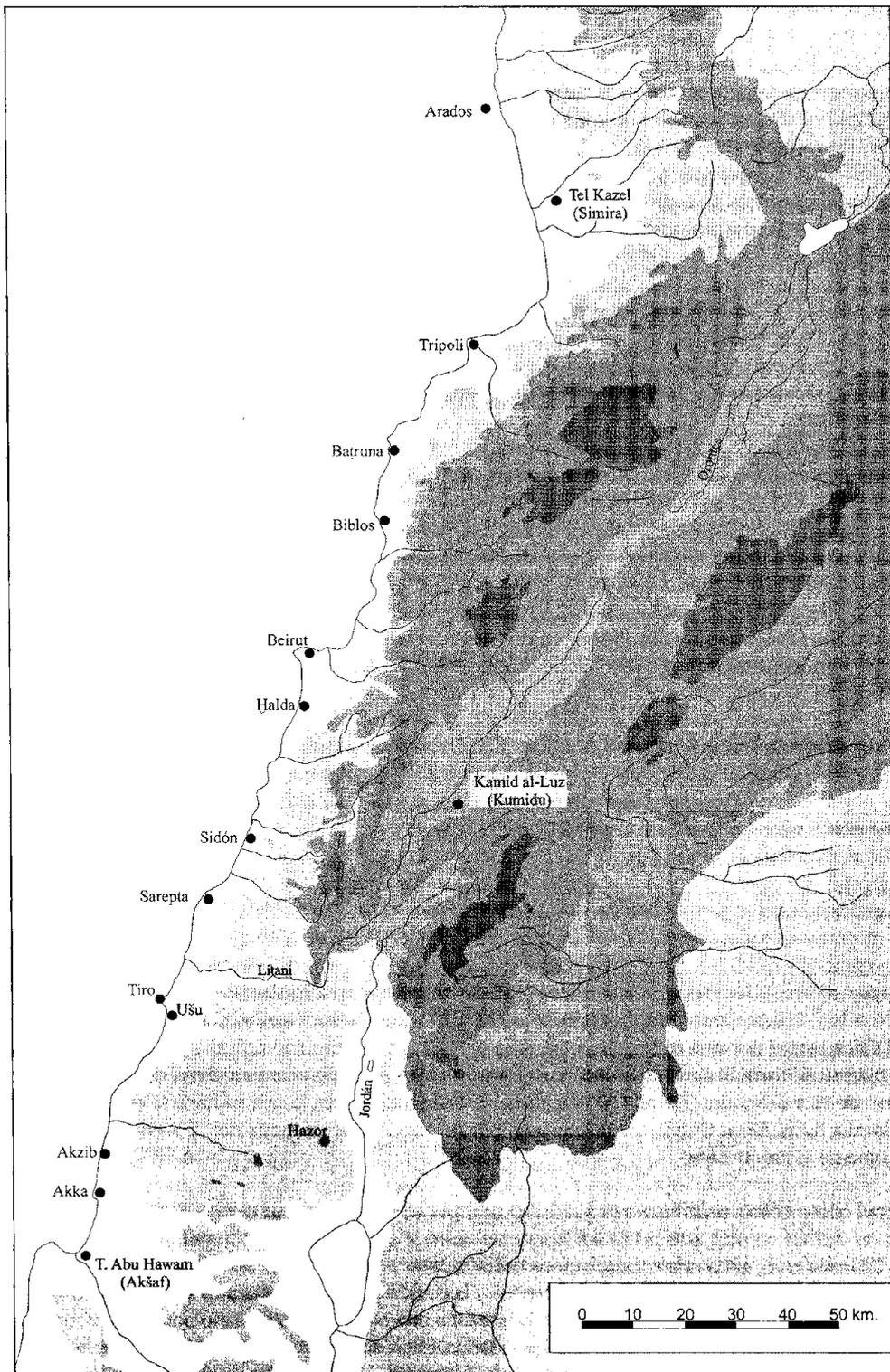


Figura 1. Mapa de Fenicia.

otiro en la costa, mide 19 circuitos, el actual pueblo abarca 22 estadios. Después Sarepta y Ornithon, y la madre de Tebas en Beocia, Sidón, donde se fabrica vidrio. ⁷⁷ Deurás de Sidón comienza el Monte Líbano, una cadena que se extiende hacia Simira, en la región denominada Coele-Siria, a una distancia de 1500 estadios. De cara al Líbano, con un valle en medio, se extiende igualmente la cordillera del Antilíbano (...) ⁷⁸ Mientras en la costa, debajo del Monte Líbano, está el Nahr al-Kabir (*fluvius Magoras*), Beirut –colonia llamada Felix Julia –, Leontos, el río Lycos, Paleobiblos, el río Adonis, Biblos, Barruna (*Botrys*), Gígarta, Trieris, Calamos, Trípoli– habitada por gente de Tiro, Sidón y Arados, Ortosia, el río Eleuteros, Simira (*Zimyra*) y Maratos, y enfrente, la ciudad-isla de Arados con una superficie de siete estadios a 200 pasos de la costa (...).

1.2. LAS FUENTES DOCUMENTALES

La gran cantidad de documentación textual que sirve de soporte para nuestro trabajo, así como la diversidad de culturas que la crearon, hace que nos veamos en la obligación de realizar una breve presentación de las mismas. Dentro de esta sintética presentación también hemos creído conveniente aportar ciertas anotaciones hermenéuticas que permitan completar aún más si cabe nuestro discurso.

1.2.1. LA DOCUMENTACIÓN EGIPCIA

1. Imperio Antiguo (Dinastías I-VI). Sobre los primeros datos de los contactos entre la costa sirio-palestina y Egipto, debe ser tenida en cuenta la famosa *Piedra de Palermo* (*Urk.* I 236s. = *ANET* 227 = *EF* nº 6 = *THAE* nº 11), una losa de diorita grabada por ambas caras en las que se recogen los nombres de los reyes que gobernaron en Egipto desde sus orígenes hasta la dinastía V. Este texto ofrece, con un sucinto relato, los acontecimientos más importantes del reinado de cada uno de estos faraones. Aquí encontramos datos sobre el reinado de Esnofru (2613-2590 a.C.), registrándose la llegada de 40 navíos (seguramente de Biblos) cargados de madera de cedro.

Durante este periodo los egipcios inauguraron un verdadero «género literario»: las autobiografías sepulcrales, que tendría un gran desarrollo en los siglos posteriores. En estos textos los «grandes» del Imperio Antiguo: cortesanos, diplomáticos, militares, etc. presentan su *cursus honorum* (Barucq, 1986: 70-71). Las campañas militares asiáticas o los viajes a Biblos y al monte Líbano son temas destacables en estos documentos (cf. la *Autobiografía de Uní*, v. *Urk.* I 98-110 = *ANET* 227s. = *EP* nº 13 = *THAE* nº 42; y la *Tumba de Quy*, v. *Urk.* I 140-42 = Roccati, 1982 nº 44). La presencia egipcia en Palestina está bien documentada en una serie de representaciones de ataques contra fortificaciones asiáticas en tumbas del Imperio Antiguo (Trigger *et al.*, 1985: 184). En cuanto al yacimiento arqueológico de Biblos, cabe mencionar que entre los objetos egipcios procedentes de sus templos y áreas adyacentes se han encontrado una serie de piezas portando los nombres de faraones de las dinastías II, V y VI (Trigger, *et al.*, 1985: 187).

2. Primer periodo intermedio (Dinastías VII-XI). Las *Lamentaciones de Ipuver* es un texto de especial significado para la comprensión de esta etapa de decadencia y crisis (Erman, 1927: 92ss.; Wilson, 1985: 163ss.; Barucq, 1986: 73ss.; Padró, 1996: 179-182). Este documento fue escrito por un «conservador» afligido por los efectos de los cambios políticos y sociales ocurridos en su país. Desde la óptica de nuestro trabajo, este documento nos muestra la pérdida de las relaciones comerciales entre Egipto y Asia.

3. Imperio Medio (Dinastías XI-XII). Después de los monumentos egipcios hallados en Siria-Palestina, considerados como presentes reales o como pruebas de la residencia allí de agentes comerciales, el principal documento sobre Asia es el *Cuento de Sinuhé* (Wilson, 1985: 203). Esta obra literaria es para los egiptólogos el clásico de los clásicos (Galán, 1998: 63). Una historia que recoge las venturas y desventuras de un exiliado egipcio en tierras asiáticas durante el reinado de Sesostris I (ca. 1971-1928 a.C.). El estilo del cuento es prosaico, simple y directo en las partes narrativas, pero se convierte en retórico e incluso poético cuando lo requiere el momento (Erman, 1927: 14-15; Gardiner, 1916: 164s.; Barucq, 1986: 83; Padró, 1996: 227ss.; Galán, 1998: 66s. 76-80). Sobre la historicidad de la obra, debemos decir que es un relato ficticio pero que no obstante ofrece una visión precisa del momento histórico que vivía Egipto y los territorios asiáticos. Pocas fuentes dan una descripción tan comprensible de la corte egipcia y de los viajes de un egipcio por Siria-Palestina (Simpson, 1984: 950; Padró, 1996: 229s.; Galán, 1998: 105ss.). Sobre la geografía asiática del relato de Sinuhé, que para algunos es imprecisa, incierta y discutible

(Gardiner, 1916: 165; Vandersleyen, 1995: 59s.), ésta parece tener cierta verosimilitud según el estudio de M. Green (Green, 1983: 38-59).

Una serie muy interesante de documentos nos muestran a los enemigos de Egipto hacia fines del Imperio Medio. Son los *Textos de Execración*, listas de nombres de jefes y localidades extranjeras escritos en vasijas de cerámica o en figurillas de terracota que se rompían en ceremonias mágicas para destruir, por analogía, a los enemigos potenciales de Egipto (Helck, 1971: 44; Wilson, 1985: 231; Redford, 1992: 89; Liverani, 1995: 318). Se conocen cuatro series (Helck, 1971: 44-67; Redford, 1992: 87s.): a) figurillas de Helwan, inicio de la din. XII (sin nombres asiáticos); b) figurillas y vasijas de la fortaleza nubia de Mirgissa, primeros años de Sesostri III (ca. 1878-43) (Posener, 1966: 277-287); c) las *vasijas de Berlín*, periodo entre Sesostri III y Amenemes III (ca. 1843-1797) (Sethe, 1926: 21-23); y d) las figurillas halladas en Saqqara (ahora en Bruselas), de fines de la Dinastía XII y principio de la XIII (ca. 1786 a.C.) (Posener, 1940: 31-35).

Para D. B. Redford, los topónimos recogidos en la serie b) corresponden a la costa (Biblos, Ulaza, etc.) y a la Transjordania (Šutu), esto es, reflejan el interés de Egipto por la costa y los contactos con los nómadas; mientras que la serie c) recoge topónimos de cuatro áreas ciertamente costeras (Irqata, Askalón, Ulaza y Biblos), tres probablemente marítimas (Anaqi, Mugar y Ša'apa) y otras interiores (Šutu, Reḥob, Ašna, Jerusalén, etc.), es decir, la esfera de interés de Egipto se ha ampliado (Redford, 1992: 90s.). Y, por último, en la lista d) el territorio documentado es similar al de la serie c), aunque aquí la población está más segmentada y algunos grupos de topónimos parecen tener una lógica construcción geográfica (Redford, 1992: 92): la llanura costera y la Sefela (Posener, 1940: 64-68 E1-E5: Iḥarim, Askalón, Ašna, Ḥaram y Magdalu); la ruta desde Siquem hasta Piḥilu, en el valle del Jordán (Posener, 1940: 68s. E6-E8: Siquem, Kanna y Piḥilu); la llanura alrededor de Haifa y el este del Carmelo (Posener, 1940: 69-72 E9-E14: Afeq, 'Anim, Aksaf, Yasuf, Miš'al y Reḥob); la ruta a través del norte del Jordán hacia la Biqā' (Posener, 1940: 73-76 E15-E20: Hazor, Ta'pu, 'Ayyānu, Širi-(bašāni) y Biqā'tu); una ruta transjordana (Posener, 1940: 78-80 E25-E29); el alto Orontes y Damasco (Posener, 1940: 80-82 E30-E34: Šaryānu (Antilibano), Lab'u, Qana, 'Apum sur y 'Apum norte); y el grupo encabezado por, donde el resto de lugares no están bien identificados (Posener, 1940: 82-84 E35-E38: Tiro, Ya'anqa, Ma'aka y un lugar que nos ha llegado incompleto). Las peculiaridades geográficas de esta última serie parecen indicar un aumento de los contactos por vía terrestre entre Egipto y Siria-Palestina (Redford, 1992: 92).

Como apunta M. Liverani (1995: 318), según se extrae de las dos listas más importantes: los textos de Berlín y la serie de Bruselas, se observa un paso de las entidades políticas sirio-palestinas con nombres de localidades y grupos tribales (binomio ciudad + tribu) a los estados puramente ciudadanos. En opinión de D. B. Redford (1992: 93), es el paso de la etapa primera del Bronce Medio (contemporánea del relato de Sinuhé) a la etapa IIA del Bronce Medio (ca. 1850 a.C.).

4. Segundo periodo intermedio (Dinastías XIII-XVII). Este periodo está caracterizado por el cantolamiento y la presencia de extranjeros (los hicsos), estos últimos se establecieron en Egipto durante unos cien años, llegando a constituir las dinastías XV y XVI (1675-1567 a.C.). Esta época está muy mal conocida por la falta de una adecuada documentación. Mucho más destacable es la evidencia arqueológica de la cultura material de éstos en Asia, que nos lleva a afirmar que los hicsos procedían de una cultura y sociedad urbana, altamente desarrollada, del periodo final del Bronce Medio (Helck, *Beziehungen* 89-106; Wilson, 1985: 238-242; Trigger *et al.*, 1985: 199-201; Oren, 1997, *passim*).

5. Imperio Nuevo (Dinastías XVIII-XX). Los faraones de las dinastías XVIII y XIX han dejado numerosas *Inscripciones* «historiográficas» de carácter público (anales, listas reales, narraciones de campañas militares, estelas, inscripciones murales de templos, etc.) que ellos se hicieron erigir. Estos textos están muy marcados por un deseo de apología personal pero, a pesar de ello, estos documentos son unos de los principales testimonios de este momento importante de la historia de Egipto (Bull, 1955: 3-21; Barucq, 1986: 90s.). Dentro de esta documentación destacaremos los *Anales* de Tutmosis III (*Urk.* IV 647-763 = *ARE* II §§ 391-540 = *ANET* 234-41 = Galán, 2002: 75-100), aunque también se debe mencionar la *Estela de Armant* (*Urk.* IV 1244-47 = *ANET* 234, 240 = Galán, 2002: 113-16) y la *Estela de Barkal* (*Urk.* IV 1227-43 = *ANET* 238, 240 = Galán, 2002: 117-24) de la misma época. En cuanto al reinado de Amenofis II son importantes las *Estelas de Menfis y Karnak* (*Urk.* IV 1300-16 = *ARE* II §§ 781-90 = *ANET* 245ss. = Edel, 1953a: 97-176 = Galán, 2002: 154-63) y la *Estela de Amada* (*Urk.* IV 1287-99 = *ARE* II §§ 791-98 = *ANET* 274s.). Durante la época ramésida tenemos la *Estela de Beisán* (*ANET* 253s.) y los *Relieves de Karnak* (*ARE* III §§ 80-156 = *ANET* 254s.) de época de Setos I, la *Batalla de Qades* (*ARE* III §§ 294-351 = *ANET* 255s. = Gardiner, 1975) recogida en los relieves de Rameses II en el templo de Luxor o la *Inscripción del Templo de Rameses III de Medinet Habu* (*ARE* IV §§ 59-82).

Un buen complemento a estos textos son las *Listas topográficas*. Ésta es la denominación común para las listas de ciudades, países o naciones, que fueron inscritas en los muros, pilones, basas de columnas, esfinges y colosos de los templos. Estas listas no tenían un uso práctico, pues sus propósitos eran la glorificación del faraón. Por eso, los lugares citados en éstas son siempre descritos como conquistados o sometidos por el faraón, constituyendo en líneas generales un símbolo convencional de la dominación egipcia, del gobierno universal del rey-dios (Simons, *Topographical Lists* 3-24; Ahituv, *Canaanite Toponyms* 11-21; Fuscaldo, 1990: 19-20). Pero a pesar de esto, algunos pocos casos (Tutmosis III y Sesonquis I) muestran una dominación efectiva de Egipto en determinados lugares (Ahituv, *Canaanite Toponyms* 11; Fuscaldo, 1990: 20).

Otros documentos de interés son los *Himnos* como la *Estela de la victoria* de Tutmosis III (*Urk.* IV 611-19 = *ARE* III §§ 655-62 = *ANET* 373ss.) y la *Estela de Israel* de Mineptah (*ARE* III §§ 602-17 = *ANET* 376ss. = *EF* n° 68); las *Biografías* como la descrita en la *Tumba de Ahmosis* (*Urk.* IV 1-11 = *ARE* II §§ 1-16, 39, 78-82 = *ANET* 233s. = *EF* n° 46 = *THAE* n° 56) o la *Biografía de Amenemhat* (*Urk.* IV 890-7 = *ARE* II §§ 574-92 = *ANET* 240s.); y los *Tratados* donde debemos destacar el firmado entre Rameses II y Hattusili III (*ARE* III §§ 367-91 = Langdon-Gardiner, 1920 = *ANET* 199-201 = *EF* n° 64).

Del mismo modo cabe destacar las *Misceláneas*, verdaderos ejercicios escolares que nos ofrecen temas muy dispares: cartas, elogios reales, oraciones, etc. (Barucq, 1986: 95s.). Así, p. ej. el *Papiro Anastasi I*, una carta satírica contemporánea al reinado de Rameses II (1289-1224 a.C.), donde Hori, un escriba pedante, quiere poner en evidencia la ignorancia de su compañero, riéndose de las pobres aptitudes de este último para servir como correo real en Asia (Gardiner, 1911: 5*s.; Wilson, 1985: 377). De la información de los topónimos que se nos ofrecen, podemos obtener una visión de los dominios asiáticos de Egipto durante el siglo XIII a.C., que tenía sus límites en Simira y Qadeš (Helck, *Beziehungen* 314); o el *Papiro Anastasi III* (*ARE* IV §§ 629-35 = *ANET* 258s.) que ilustra el tráfico comercial entre Egipto y Siria-Palestina durante el reinado de Mineptah (1224-1204 a.C.).

6. Tercer periodo intermedio. Un relato de carácter novelado: *El viaje de Unamón* (Erman, 1900: 1-14; *ANET* 25-29; Goedicke, 1975; *EF* n° 81; Aubet, 1994: 305-9; Galán, 1998: 200-208), datado hacia el 1075 a.C. (Erman, 1900: 1ss; Bunnens, 1978: 1; Helck, 1986: 1216s.; Padró, 1996: 335; Galán, 1998: 180) y la *Lista topográfica de Sesonquis I* (945-924 a.C.) en Karnak (Simons, *Topographical Lists* 178-86 n° XXXI) son los documentos más destacables de esta etapa histórica.

El viaje de Unamón es un documento notable, una de las mejores creaciones del género para la época, que cuenta las aventuras de un enviado del rey con el encargo de comprar madera en Biblos para reparar la barca sagrada de Amón (Erman, 1927: 174s.; Wilson, 1985: 410-14; Barucq, 1986: 92; Aubet, 1994: 36; Padró, 1996: 335; Galán, 1998: 193). Este relato muestra la decadencia de Egipto en Siria-Palestina y la absoluta independencia de los fenicios, apenas un siglo después de la desaparición de dominio egipcio sobre Asia (Wilson, 1985: 413; Aubet, 1994: 36s.; Padró, 1996: 343; Galán, 1998: 209ss.).

La *Lista topográfica de Sesonquis I* es básica para entender las campañas militares realizadas por este faraón contra Judá e Israel (Kitcher, 1973: 432-447; Lull, 2001: 225-244), calificadas por J. A. Wilson (1985: 414) como un «brote inicial de energía triunfante». Una nueva actitud en política exterior que no tuvo continuidad posterior (Wilson, 1985: 414; Padró, 1994: 351).

1.2.2. LA DOCUMENTACIÓN CUNEIFORME

Nuestra tarea bajo este epígrafe consistirá en analizar los textos cuneiformes que aportan información sobre las ciudades fenicias y su área de influencia. Para el análisis de los mismos, hemos utilizado una estructuración diacrónica: Ebla, Ur III, Mari, El Amarna, Ugarit, Emar, etc.: aunque también al mismo tiempo hemos usado la terminología habitual para dividir los textos cuneiformes mesopotámicos: textos asirios medios, babilonios medios, neo-asirios, etc.

1. Ebla. La documentación cuneiforme hallada en los archivos del palacio real G de Tall Mardih-Ebla ha arrojado nueva luz sobre la cultura urbana y palatina de la Siria de la primera mitad del III milenio, una región cultural que hasta el hallazgo de estos textos era tan sólo conocida por excavaciones limitadas (Liverani, 1995: 174). Los 16.000 textos hallados durante los años 1974-1976 (Pettinato, *Ebla* 2 86s.; Kienast-Waetzoldt, 1990: 31) se encontraban distribuidos en cinco archivos (Archi, 1986: 72-78). Una documentación datada, según indicios paleográficos, en torno al 2500 a.C. y encuadrada en la documentación cuneiforme del Proto-dinástico IIIa de Fara y Abu Šalabiḥ, 2600-2450 a.C. (Gelb, 1981: 58s.; Pettinato, *Ebla* 2 107-18); pero que hoy en día se acepta la datación de

estos archivos en el periodo presargónica desde el punto de vista arqueológico-histórico (Matthiae, *Ebla* 42s., 47, 216s.; Matthiae, 1988: 76ss.; Archi, 1989: 7; Liverani, 1995: 174s., 185).

En cuanto a los objetivos de nuestro trabajo, debemos destacar de esta documentación a los textos económicos que nos informan de las conexiones comerciales entre Ebla y el sur de su área de influencia, donde la línea Biblos-Hama marca el límite meridional de la red comercial que aparece en el archivo de Ebla (Liverani, 1995: 189). La importancia de Biblos durante este periodo, como también se observa en la documentación egipcia del Imperio Antiguo, está corroborada por los textos de Ebla (Pettinato, 1979: 110-117). La lectura del topónimo DU-LI^{ki} como *Gub-lu^{ki}* = Biblos, que avanzó G. Pettinato (1979: 109) parece estar admitida después de una pequeña nota aclaratoria de F. D'Agostino (1993: 59s.).

2. Ur III. Hablar de la documentación cuneiforme de la tercera dinastía de Ur (2112-2004 a.C.), el periodo mejor documentado de toda la Historia de Mesopotamia, es sinónimo de decenas de miles de textos administrativos (Civil, 1991: 35). La puesta en funcionamiento de un nutrido cuerpo de escribas especializados, sobre todo bajo el reinado de Šulgi (2054-2047 a.C.), encargados de la programación y del registro de la actividad económica y distributiva estatal, sirvió para racionalizar y unificar la gestión administrativa (Steinkeller, 1991: 15-19; Liverani, 1995: 224ss.; Postgate 1999: 60; Molina, 2000: 12s.). La enumeración de las diferentes clases de escribas efectuada por H. Waetzoldt en su trabajo de *Habilitation* no publicado (sesenta tipos según la función que se les asignaba, *apud* Pettinato, 1994b: 380s.), nos ilustra claramente cómo era la maquinaria administrativa del llamado «imperio neo-sumerio». Algunos de estos textos (uno de ellos conservado en el Museo de la Abadía de Montserrat-Barcelona), muestran los contactos comerciales de Ur con Siria, donde están documentados mensajeros de los dinastas locales de Tuttul, Ebla, Uršum y Biblos (Sollberger, 1959-60: 120ss.; Owen, 1992: 107ss.; Liverani, 1995: 238; Molina, 1996: 267 n° 99).

3. Mari. Desde mediados de los años treinta, han sido descubiertas unas 20.000 tablillas cuneiformes en el palacio de Zimri-Lim (1780-1758 a.C.) en Tall Hariri-Mari por los arqueólogos franceses (Charpin, 1984: 49ss.; Dally, 1984: 15ss.; Charpin, 1992: 1s.; Durand, 1997: 25ss.). Con respecto a la datación de los textos allí hallados, éstos han sido divididos según dos grupos de archivos: a) los textos de Zimri-Lim conservados en el momento de la destrucción de su palacio («archivos vivos») y b) los textos anteriores de época asiria (1798-1780 a.C.), contemporáneos a los reinados de Sumu-Yamam y Yahdun-Lim (1815-1799 a.C.) y de la época de los *šakkanakku* (o, en términos epigráficos, de los «archivos muertos») (Margueron, 1986: 151). La documentación cuneiforme allí descubierta se divide en dos grupos: textos administrativos (listas de raciones, listas de personal, etc.) y cartas. Las cartas son los documentos más atractivos, debido a las numerosas anécdotas que citan. Además, muchas son enviadas por funcionarios de las capitales de provincia o soberanos extranjeros tan alejados como Hazor, Qatna, Alepo, al oeste, y Babilonia, Ešnunna y Larsa, al este (Charpin, 1984: 49ss.; Durand, 1997: 25-40). En cuanto a nuestro trabajo se refiere, son los textos administrativos los que hasta el momento han dado mayor información sobre las ciudades costeras (Loretz, 1994: 113s.). En especial, cabe destacar el papel de Biblos, para quien a algunos era la última pantalla detrás de la cual se adivinan las relaciones con Egipto (Bonechi, 1992: 19) y que viene a corroborar la posición de esta ciudad como intermediaria entre Egipto y el interior de Siria desde la Ebla presargónica (Liverani, 1995: 189).

4. El Amarna. Las cartas halladas en el archivo diplomático de El Amarna-Ahetatón, la nueva capital de Egipto bajo el reinado de Amenofis IV, aportan una información de primer nivel para el conocimiento de las relaciones internacionales entre Egipto, Siria, Palestina, Hatti, Mesopotamia y Chipre (donde las relaciones comerciales se unen estrechamente con las relaciones políticas), para comprender la estructuración de la administración egipcia en Asia y para conocer el cananeo, rama de las lenguas semíticas durante la segunda mitad del II milenio a.C. (Rinaldi, 1968: 188; Edzard, 1984: 248). La correspondencia amarniense ha sido dividida en dos grupos (*EATI* 19-22; *EA* XV-XVIII). Un primer grupo de cuarenta y cuatro cartas reflejan las relaciones entre Egipto y las grandes potencias (Babilonia, Asiria, Mittani, Hatti, etc.) del Próximo Oriente antiguo (Liverani, *LA* 2). El segundo grupo está formado por trescientas seis cartas de los gobernantes locales sirio-palestinos (Liverani, *LA* 1). El periodo en que estuvo en vigor este archivo fue entre el trigésimo año de reinado de Amenofis III (1373 a.C.) y los primeros años del reinado de Tutankhamón (1347-1338 a.C.) (Campbell, 1964: 134s.; *EA* XXXIV; Liverani, *LA* 1 pp. 47s.).

5. Ugarit. Un año después del descubrimiento de las ruinas de Raš Šamra-Ugarit se iniciaron las excavaciones en este «tell» arqueológico (1929). En la primera campaña de trabajos ya aparecieron varias tablillas con es-

critura cuneiforme, éstas se hallaron en el primer nivel del yacimiento. La segunda parte de este periodo (1370-1100 a.C.) pertenece a la época última de la ciudad, donde se han encontrado los diferentes archivos. En éstos se ha encontrado documentos inscritos en siete diferentes tipos de escritura: egipcia, hitita jeroglífica, hitita cuneiforme, acadia, hurrita, chipro-minoica y ugarítica (Del Olmo, *MEC* 28ss.). A lo largo de sesenta años de excavaciones (1929-1989) se han hallado varios archivos distribuidos por todo el yacimiento (*TEO* 1 6 Fig. 2). Los diferentes centros epigráficos se encuentran en el Palacio Real (Oeste, Este, Central, Sur y Suroeste), el Palacio Sur y en diferentes dependencias privadas: «Casa de Rašapabu», «Casa del Letrado», «Casa de Rap'anu», «Casa del Gran Sacerdote», etc. (Cunchillos, 1989: 51-57; Pedersén, 1998: 68-80; Pitard, 1999: 48-51; Van Soldt, 1999: 29-36). También se debe destacar los restos epigráficos hallados durante los años 1977-1987 en Raš ibn Hanī, palacio de verano de los reyes de Ugarit, (*TEO* 1 362-377). Del mismo modo, los últimos hallazgos epigráficos (1986-1999) han empezado a resaltar el papel de la denominada «Casa de Urtenu», donde se alojaba un archivo que estuvo vigente durante los dos últimos reyes de Ugarit Niqmadu III y Ammurapi (1210-1182 a.C.) y que resulta de especial relevancia para comprender los momentos finales del Bronce Tardío sirio (*TEO* 1 356-61; Bordreuil, 1995: 3; Bordreuil-Pardee, 1995: 31s.; Malbran-Labat, 1995a: 39; Malbran-Labat, 1995b: 103, 107s.; Bordreuil-Pardee, 1999-2000: 23s.).

Con los datos que tenemos actualmente, se puede decir que ya se han exhumado unos 2500 textos. Todos los textos encontrados en Ugarit hasta 1988 han sido recogidos y catalogados en una obra dirigida por P. Bordreuil y D. Pardee: *La trousse épigraphique de l'Ougarit 1. Concordance* (*TEO* 1), aunque también existen las catalogaciones de C. Kühne (Kühne, 1974), J. Huehnergard (Huehnergard, 1989: 285-340) y W. Van Soldt (Van Soldt, 1991: 47-231). Desde el punto de vista del contenido, los textos de Ugarit se dividen en diferentes géneros: textos literarios (mitos, epopeyas, himnos), textos rituales, mágicos y médicos, textos didácticos y «técnicos», textos legales (decretos reales relativos al estatuto jurídico de individuos, compras, ventas, donaciones y permutas de bienes inmobiliarios, etc.) y textos administrativos y económicos (Del Olmo, *MLC* 30; Huehnergard, 1989: 9-14).

6. Textos asirios medios y babilonios medios. Esta documentación es el producto del periodo histórico que coincidió con la afirmación del imperialismo del reino medio-asirio y el apogeo del gobierno casita en Babilonia. Aunque también hay que incluir bajo el epígrafe de textos babilonios medios los documentos cuneiformes hallados en Hattušaš-Boğazköi (la capital del imperio hitita), Nuzi-Yorgân Tepe (capital de Arrapha), Alalakh-Tall Aḩana (capital de Mukiš), Emar-Meskene (capital de Aštata), Ugarit/Raš Šamra, etc.

6.A. Textos babilonios medios. En cuanto a la *documentación escrita de Hattušaš*, E. Masson ha dividido la literatura hitita en cinco grupos de textos: históricos, jurídicos, mitológicos, religiosos (himnos y oraciones, rituales, fiestas y cultos) y divinatorias (Masson, 1986: 166-176). Dentro del primer grupo destaca la *analística hitita*, heredera de los edictos reales del Reino Antiguo (1650-1450 a.C.), que a su vez deben mucho a las inscripciones reales sumerias y acacias, tradición que debió llegar cuando los mercaderes asirios se instalaron en Kaniš y las otras ciudades anatólicas (ss. XIX-XVIII a.C.). Pero fue durante el Reino Medio (1450-1182 a.C.) cuando aparecen unos ejemplos de narración más propios del género «Anales», donde las gestas reales se desarrollan de manera ordenada y relatadas año por año, abandonándose el tono épico y de la descripción en favor de una pretendida objetividad histórica (Del Monte, 1993: 7-17). Por medio de estos «Anales» obtenemos información sobre las conquistas hititas por la Siria central y septentrional. Incluso sobre algunas incursiones en el área de influencia egipcia, v. la inclusión en Amqa –la actual Biqā' entre el Líbano y el Antilíbano– (Del Monte, 1993: 136s.). También dentro de este grupo destaca la *correspondencia hitita* (Hagenbuchner, 1989) sobre todo la que aporta información sobre la política exterior y la diplomacia, principalmente la correspondencia entre Hattušili III y Rameses II (v. Edel, *Ägyptisch-hethitische Korrespondenz*) donde Canaán tiene un papel destacado (v. en general: Na'aman, 1994: 404s.; en particular: Edel, 1950: 206; Edel, 1953a: 32-33; Edel, 1960); las actuaciones militares, p. ej. las cartas de la cancillería hitita halladas en Ugarit; y las relaciones comerciales, como *KBo* I 10 que aborda problemas de rutas comerciales entre Ugarit y Amurru o *KBo* XVIII 88 que informa sobre las relaciones entre mercaderes hacia Canaán y los nómadas suteos (col. I líneas 122-129).

Otro grupo importante de *textos babilonios medios* son los hallados en el nivel IV (siglo XV a.C.) de *Tall Aḩana*, la antigua Alalakh. Destaca sobre los demás la *Autobiografía de Idrimi* (Smith, 1949; Greenstein-Marcus, 1976; Oller, 1977; Dietrich, *et al.* 1981), un relato ciertamente tendencioso y enriquecido con varios *topoi* literarios (Liverani, 1972; Klengel, 1992: 87). Máximo exponente de una tradición literaria propia de la Siria septentrional (Oller, 1977: 200; Dietrich, *et al.* 1981: 253s.), con paralelos bíblicos (Albright, 1950: 20; Oppenheim, 1955: 200; Buccellati, 1962; Greenstein-Marcus, 1976: 75-77) –que también se encuentran en otros textos de Alalakh (Fensham, 1960; Vattioni, 1960)– y semejanzas con las inscripciones semíticas noroccidentales que difieren en muchos aspectos.

tos de las típicas inscripciones reales mesopotámicas (Oller, 1977: 191). La inscripción ha sido normalmente dividida en seis secciones: introducción (genealogía y epítetos), historia de Idrimi (apología real), logros militares, domésticos y religiosos (justificación de su legitimidad y propaganda política), maldiciones, colofón y post scriptum (Oller, 1977: 191-200; Dietrich, *et al.* 1981: 244-247).

De los textos babilonios medios hallados en la propia Babilonia no obtenemos información sobre Siria-Palestina. Aunque sí de las *cartas babilonias halladas en El Amarna* (EA 2-4 y 6-11). De esta correspondencia obtenemos una imagen de la posición de la Babilonia casita en el escenario internacional del Bronce Tardío y sus relaciones con Egipto. Desde nuestra óptica las cartas EA 8 y 9 (cartas enviadas por Burna-Buriyaš II 1359-1333 a.C.) son las más interesantes: EA 8 relata la demanda hecha por Burna-Buriyaš a Amenofis IV (1364-1347 a.C.) para que este último detenga a unos hombres enviados por reyezuelos cananeos que han asaltado a unos mercaderes babilonios en Canaán; EA 9 muestra la presentación del monarca casita ante el nuevo faraón: Tutanhmón (1347-1338 a.C.). Burna-Buriyaš destaca aquí la antigüedad del tratado de amistad existente entre las dos casas reales, desde época de Kurigalzu I (c. 1400 a.C.). EA 2 ya nos informa que Amenofis III estuvo casado con una hija de Kurigalzu I, pero aquí obtenemos un testimonio interesante sobre una petición de ayuda que realizaron los cananeos a los casitas. Pero la integridad del monarca casita le movió al rechazo de esa propuesta y así cumplir su pacto con el faraón.

Por último, nos detendremos en la *documentación babilonia media hallada en Emar*, la actual Meskene. Esta ciudad ribereña del Éufrates Medio fue un enclave estratégico explicado por su situación en el nudo de dos rutas comerciales: Mesopotamia-Anatolía y NE de Siria-Siria-Palestina. Epigráficamente este yacimiento ha sido productivo en el nivel del Bronce Tardío sirio, donde se han hallado unos 650 textos (500 administrativos y 150 literarios) por medio de excavaciones legales (Dietrich, 1990; Beckman, 1996) durante los años 1972-1976 (Beyer, 1982) y unos 250 más obtenidos de forma ilegal, por excavaciones furtivas, actualmente en diversas colecciones privadas (Beckman, 1996: 3). Cronológicamente esta documentación está datada por medio de algunos datos internos entre 1332 y 1185 a.C. (Arnaud, 1975: 92; Klengel, 1988: 650; Dietrich, 1990: 26s.). De toda esta cantidad de textos sólo cinco son cartas, de las cuales debemos destacar una que muestra la presencia de un sidonio en Emar, como testigo en un juramento decisorio. Dato que para D. Arnaud supone demostrar el papel dirigente tenido por Sidón, donde sus ciudadanos habían tenido relaciones comerciales hasta con el Éufrates medio, y como esta ciudad costera mantuvo su preponderancia hasta el inicio de la Edad del Hierro en detrimento de Tiro (Arnaud, 1984: 188). Un papel desarrollado por Sidón en este período que también queda reflejado en los textos de Ugarit y El Amarna (Arnaud, 1992: 184-189; Belmonte, 2002).

6.B. Textos asirios medios. A partir de Assur-uballiš (1363-1328 a.C.), el estado asirio de la época media dejó de ser un importante centro de tránsito entre el sur mesopotámico y la «periferia» montañosa del norte para situarse en el centro del mundo, tanto por su visión ideológica como por sus ambiciones imperialistas (Liverani, 1995: 461). Esta situación queda muy bien reflejada en la *analítica asiria* desde el reinado de Assur-uballiš hasta Tiglatpileser I (1114-1076 a.C.) (Pedersén, 1985: I 29). Este último comenta que marchó al monte Líbano, conquistó Amurru y recibió tributo de Arados, Biblos y Sidón. Pero al atender a la información que nos ofrece esta analítica nos enfrentamos ante la univocidad de la misma. Pues se trata de una documentación oficial pensada para la glorificación de la realeza. Nos hallamos ante unas inscripciones reales que están estructuradas según tres partes: un preámbulo que aporta información sobre las titulaciones y apelativos del monarca asirio; una parte central que relata sus grandes hechos victoriosos y un apartado final que sirve para subrayar la actividad edilicia del rey preocupado por cuidar la ciudad del dios (Durand, 1986: 152; Liverani, 1995: 460s.).

Otros textos también destacables son los *documentos del día a día*. Documentación muy numerosa si nos atenemos a lo expuesto por O. Pedersén, quien enumera las tablillas halladas en cinco archivos oficiales y seis privados de Assur, en los niveles arqueológicos de este periodo (1985 I 29-125). Últimamente las capitales de provincias han empezado también a aportar documentación (Postgate, 1986: 168). Pero tan sólo tres testimonios nos ofrecen información sobre los contactos comerciales entre Asiria y Siria-Palestina durante reinado de Tukulti-Ninurta I (1243-1207 a.C.): 1. El texto VAT8009 se trata de una cuenta que computa los vestidos entregados a Siqi-ilāni, agente comercial de Bābu-aḡa-iddina, para su viaje de negocios en Canaán (Freydank-Saporetti, 1989: 11). 2. La tablilla VAT 19751 + 19805b en un documento sobre comercio a larga distancia que contiene varias anotaciones de estaño proveniente probablemente de Sidón, la aparición de un sidonio en el mismo texto induce a pensar en ello (MARV III n° 81). 3. La carta 92.G.208 hallada en Tall Ḥuwaira (Siria) muestra un mensaje llegado al gobernador de Ḥarbu, indicando los preparativos para hospedar a un diplomático sidonio al servicio de Egipto que viene de Assur portando una carta de respuesta para el faraón (Kühne, 1995: 216).

7. Textos neo-asirios y babilonios recientes. Estos documentos son el reflejo de un amplio periodo que discurre desde el gobierno del monarca asirio Assur-dan II (934-912 a.C.) hasta la conquista de Babilonia por el persa Ciro (539 a.C.). Una documentación que en algunos momentos de máxima expansión imperial informa de una amplísima área geográfica, cuyo territorio coincide con lo que denominamos «Creciente Fértil» (Liverani, 1995: 615 Fig. 145, 708 Fig. 169).

Los *textos neo-asirios* (ca. 1000-600 a.C.) pueden dividirse, tomando como modelo la Biblioteca de Assurbanipal (668-627 a.C.), de la forma siguiente:

A) Un primer grupo estaría constituido por los *textos producto de la tradición* (los que llamamos literarios), este *corpus* está caracterizado por una especie de estandarización a partir del periodo medio-babilónico (sobre todo por la escuela de Nippur) a partir de la segunda mitad del segundo milenio, e incluye: 1) los textos eruditos, 2) las listas lexicográficas, 3) los ciclos de conjuros y 4) la literatura épica.

B) Un segundo grupo está formado por los *documentos de las actividades cotidianas de los hombres*: 1) documentos administrativos (textos económicos, actuaciones legales privadas, acuerdos internacionales, etc.) y 2) cartas que tratan temas políticos o administrativos, o asuntos privados o personales.

C) El tercer grupo abarcaría los *textos historiográficos e históricos*: 1) crónicas, 2) diarios astronómicos, 3) listas reales, 4) listas de años, 5) listas de epónimos, 6) inscripciones reales y 7) tratados (Oppenheim, 1968: 15-26).

Si indagamos a través de los diferentes topónimos fenicios que han sido compilados en el trabajo de S. Parpola: *Neo-Assyrian Toponyms* (: NAT) [Neukirchen-Vluyn, 1970], observaremos que son las inscripciones reales las que aportan más información sobre las ciudades y pueblos fenicios. Por lo que podemos decir que «los textos historiográficos e históricos» son los más importantes. Importancia que queda reflejada en la aportación de C. Saporetti (1990) en la obra de M. Botto: *Studi storici sulla fenicia l'VIII e il VII secolo A.C.* [Pisa, 1990]. Aunque también por este sondeo se detecta una presencia destacable de los documentos administrativos (registros de la administración imperial: tributos, donaciones, etc.) y las cartas (correspondencia de Irti-Šamaš-balātu, funcionario asirio instalado en Simira), así como un tercer grupo minoritario que lo forman los tratados y listas de epónimos. Nadie niega que los textos historiográficos son parciales y, en algunos casos, tendenciosos pues se trata de una documentación oficial, base de la propaganda política de los monarcas asirios. Pero aun así, éstos proporcionan una rica y variada información si se realiza una contrastación crítica de los datos, tanto al examinar la otra documentación asiria de «las actividades cotidianas»: documentos administrativos y cartas como los otros textos: bíblicos y clásicos.

Por último, debemos destacar también la información obtenida en las esculturas y relieves asirios (Wäfler, 1975: 71-117). Pues los bajorrelieves del palacio de Assurnasirpal II (883-859 a.C.) en Nimrud-Kalḫu, de las puertas de Balawat, la antigua Imgur-Enlil (Salmanasar III 858-824 a.C.), del palacio de Sargón II (721-705 a.C.) en Ḫorsabad Dūr-Šarukīn, y del palacio de Senaquerib (704-681 a.C.) en Nínive nos ofrecen sugerentes imágenes de las entregas de tributo, de la insularidad de Arados y Tiro, de la urbanística fenicia, del paisaje agrario fenicio (Wäfler, 1975 Fig. VI nº 2), de la flota fenicia, etc.

En contraposición al género analítico asirio, los escribas de *Babilonia* utilizaron lo que nosotros denominamos **Crónicas babilonias**. Mientras los asirios utilizaban los «Anales» como un instrumento de propaganda política, las «Crónicas» venían a ser un registro objetivo de hechos acaecidos. En éstas se expone de forma sistemática los sucesos reinado por reinado, donde los escribas no vacilan en absoluto a la hora de enumerar las desgracias de Babilonia (Durand, 1986: 153; Pettinato, 1994a: 38s.).

Junto a las Crónicas, también se encuentran *inscripciones reales*, aunque si bien es verdad no se parecen en nada a las inscripciones asirias. Nabopolasar y sus sucesores, al contrario, no parecieron interesarse por relatar los hechos militares y describir la guerra emprendida, sino solamente poner en evidencia su interés por el cuidado de la ciudad y los templos de los dioses. Retomando la idea de «pastor» del pueblo y del país y «conservador» del bienestar de sus súbditos, siguiendo la tradición iniciada por Hammurabi (Pettinato, 1994a: 37s.). La *Inscripción rupestre de Wadi Brisa (Libano)* (Langdon, NBK nº 19) que conmemora una campaña militar en el Libano es un buen ejemplo. Ésta ocupa una posición singular dentro del resto de las inscripciones babilonias recientes, pues aunque narra sucesos bélicos lo hace de una manera «pacífica» (Arcari, 1989: 160). Otro texto importante, aunque atípico, es el *Prisma de Nabucodonosor* (Unger, *Babylon* 281-294) que nos ofrece la estructura del reino neo-babilónico (Pettinato, 1994a: 188-190; Liverani, 1995: 685), aportando también información sobre una serie de reyes vasallos, donde destacan los de las ciudades costeras: Arados, Sidón, Tiro, Gaza y Asdod.

Los *textos administrativos* son otras fuentes importantes para la historia neo-babilónica. Éstos además de apor-

tar mucha información sobre la situación socio-económica de Babilonia (Pettinato, 1994a: 39s.), también informan sobre el papel de los fenicios en el comercio a larga distancia dentro del imperio neo-babilónico (Oppenheim, 1967: 253; Elat, 1991: 29-35). Que queda más claro al observar la existencia de un jefe de los mercaderes (¹⁶GAL DAM.GAR₃^{mes} = *nīb tamkari*) del rey (Unger, *Babylon* 282ss.: IV 19), llamado Hannón de clara filiación fenicia (Benz, *PNPhPI* 313-315). Según se desprende de algunos textos del archivo de Murašû (455-403 a.C.) se observan topónimos derivados de nombres étnicos y geográficos de Asia Menor, Siria-Palestina y Egipto que son el reflejo de la permanencia de exiliados en Babilonia hasta la época aqueménida. Estos datos vienen a confirmar las deportaciones que continuaron a las campañas de Nabucodonosor II contra Tiro, Ascalón, Judá, etc. Esta política supuso un intenso esfuerzo por parte del monarca babilonio y sus sucesores para rehabilitar la región de Nippur que había quedado devastada tras las guerras del siglo VII a.C. (Eph'al, 1978: 80ss.; Joannès, 1982: 40ss.; Joannès, 1987: 149). En cuanto a los fenicios, también tenemos constancia de que tirios y biblitas estuvieron exiliados en Babilonia durante el reinado de Nabucodonosor (Weidner, 1939: 928s.; Zadok, 1978: 59; Saporetti, 1996: 97).

1.2.3. LA DOCUMENTACIÓN BÍBLICA

El papel del *Corpus* literario transmitido por el Antiguo Testamento (AT) como fuente para la historia de Fenicia debe poner de relieve los siguientes aspectos: la datación del texto actual, descripción del *corpus*, la redacción del texto y el AT como fuente histórica.

El texto hebreo del AT, en la forma en que la leemos hoy en nuestras ediciones impresas, con vocales y acentos, data sólo de los siglos IX-X de nuestra era. Entonces fue fijado el llamado *texto masorético* (heb. *Massorā* = tradición) con la máxima exactitud en Tiberíades (Galilea), uno de los centros del saber escriturario (Noth, 1976: 309). Este texto tuvo una larga prehistoria y el establecimiento del canon comenzó en el periodo posterior al exilio. Se piensa que recibió su forma definitiva en el siglo I de nuestra era, siendo transmitido a partir de ese momento con diligente minuciosidad (Noth, 1976: 313; Lemche, 1990: 40). La crítica textual ha buscado conseguir el «texto original» con la mayor aproximación posible. Un texto que parece coincidir con el canon palestino del siglo IV a.C. que incluía el **Pentateuco**: Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio; los libros históricos: Josué, Jueces, Samuel y Reyes; y los profetas: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores (Noth, 1976: 359; Lemche, 1990: 40; Finkelstein-Silberman, 2003: 7-9).

A partir del siglo XVIII se inició un análisis crítico sobre el origen mosaico del **Pentateuco**. Con la obra de J. Wellhausen: *Die Composition des Hexateuchs und der historischen Bücher des Alten Testaments* (1883) se pusieron las bases de la *Crítica bíblica* «tradicional» (Alonso Díaz, 1963: 1). Ésta hasta hace unas pocas décadas nos ofrecía un Pentateuco estratificado según las diferentes tradiciones/documentos que lo componen: la *Yabvista* –el estadio primitivo (850-750 a.C.)–, la *Elobista* (s. VIII a.C.), la *Deuteronomística* (ca. 622 a.C.) y el *Documento Sacerdotal* (ca. 500 a.C.) (Lemche, 1990: 41-44; Liverani, 1995: 516s. 537).

Últimamente, nuevas posturas barajan otras cronologías para la fecha de su composición: durante el exilio babilónico y la restauración (ss. VI-V a.C.) o incluso en época posterior helenística –ss. IV-II a.C.– (Garbini, 2002; Teixidor, 2003); pero nunca antes de Josías, ca. 639-609 a.C. (Finkelstein-Silberman, 2002).

A pesar de las posiciones son divergentes (y algunas irreconciliables), hoy nadie duda que el AT es una historia montada sobre un esqueleto cronológico: los patriarcas, éxodo en Egipto, llegada a Canaán, conquista, monarquía, ... con una nada homogéneo hilo conductor. Así encontramos una colección de escritos individuales de amplio carácter divergente y, en parte, con varios grados de antigüedad. Cada uno con su prehistoria peculiar y función especial en el conjunto de la obra (Lemche, 1990: 34-40; Liverani, 1995: 536; Finkelstein-Silberman, 2003: 14s.).

A la hora de utilizar el AT como fuente histórica se debe tener en cuenta una serie de inconvenientes: a) este *Corpus* tiene el valor de «verdad» revelada por Dios, carácter que se mantiene en los ambientes judaicos fundamentalistas y católicos y protestantes tradicionalistas; b) los relatos bíblicos suelen ser elaboraciones historiográficas posteriores a los hechos narrados; y c) el uso de los textos después de un análisis crítico con la intención de reconstruir la época en que fueron escritos y los intereses históricos que indujeron a escribirlos es el único procedimiento correcto, aunque muy difícil de aplicar (Lemche, 1990: 45-60; Liverani, 1995: 536s.).

En *Josué*, por ejemplo, hallamos un documento que parece recoger hechos del siglo XII a.C. pero cuyo principal bloque: la «Historia Deuteronomística» (HDtr) está redactada en el siglo VII a.C. La tradición israelítica ha conservado el recuerdo de unos hechos, transfigurándolos primero en romances épicos y sagas de conquistas (textos «predeteronomísticos»: ss. VIII-VII a.C. según Van Seters, 1990: 1ss. y Na'aman, 1994: 281), elaborándolos después

en una composición teológica, elaborada por la redacción deuteronomística y sucesores (Sanmartín, 1982: 37ss., 41 y 75; Na'aman, 1994b: 281). *Josué* 19: 24-31 describe la *suerte de la tribu de Ašer*, cuyo territorio contenía lugares que no fueron conquistados por Josué (*Jos.* 13: 11^b-6) y ni el mismo Ašer logró controlar (*Jueces* 1: 31-32). Esta región no conquistada era el territorio filisteo y el fenicio. Este pasaje ha sido datado normalmente en torno al siglo x a.C. (Kallai, 1986: 486; Lemaire, 1991: 143; Svensson, 1994: 98). Aunque otros autores prefieren incluirlo dentro de una HDtr secundaria: 586-560 a.C. (v. p. ej. Noth, *Josua* 73s.; Sanmartín, 1982: 37s. y 40) o, incluso, en relación con el *Documento Sacerdotal* de época persa (cf. Van Seters, 1983: 343; Lipiński, 1991: 165s.; Redford, 1992: 277).

Los libros de *Samuel* y de los *Reyes* han sido incluidos dentro de la tradición redactora «Deuteronomística» (s. vii a.C.). Los textos aquí recogidos provienen de una gran variedad de fuentes, por un lado algunos parecen venir de los archivos de la cancillería israelita o de inscripciones reales, por otro lado también encontramos relatos legendarios. Además, otros parecen haber sido realizados por unos individuos durante el exilio, por lo que esta «confusión» de fuentes nos indica que los redactores de la tradición *Deuteronomística* usaron documentos que ellos no crearon (Lemche, 1990: 142s.). La información obtenida sobre las relaciones entre Tiro e Israel (*Samuel* 2 5: 11; *Reyes* 1 5: 15-26, 9: 26ss.) aporta datos coherentes si se comparan con los usos y costumbres de la diplomacia próximo-oriental, aunque también se observa una pátina teológica y moralizante (Fensham, 1969: 73-79; Bunnens, 1976: 3-6, 30s.). Para M. Noth, la cesión a Hiram, el rey de Tiro, de 20 poblaciones situadas en Galilea (1 *Reyes* 9: 10-14) parece derivar de documentos oficiales (Noth, *Könige* 210); si bien la arqueología no ha confirmado que Israel fuera durante la época de David y Salomón un estado ya plenamente desarrollado para acoger una cancillería (Finckelstein-Silberman, 2003: 177s.).

Los *escritos proféticos* destacan por su singular estilística, una poesía breve y concisa pero de gran dinamismo e intensidad (Neher, 1975: 13ss). No son obras de autor, sino más bien textos reelaborados de los discursos de los propios profetas por la escuela deuteronomística (García Cordero, 1967: 61s., 397s., 782s.). Y además poseen un gran interés por su inmediatez, por la proximidad de los hechos narrados, que hacen de la profecía un «código» de mensaje, muy teologizado, que en su gran mayoría corresponden al ámbito político, mucho más que al ético o religioso (Liverani, 1995: 537). Un interesante ejemplo es *Ezeq.* 27 basado quizás en una lista administrativa fenicia pero deformada por la carga ideológica de la fuente israelita que lo ha transmitido (Liverani, 1991).

1.2.4. LAS FUENTES CLÁSICAS

Los textos greco-latinos nos ofrecen interesantes referencias para la reconstrucción histórica de las ciudades fenicias, aunque a veces los autores clásicos son excesivamente tardíos con relación a los acontecimientos que narran. Pasaremos ahora mismo a comentar de manera concisa las obras de los autores más destacables que nos aportan información básica para nuestros objetivos.

Homero (ss. viii-vii a.C.) es una fuente excepcional para valorar la importancia del comercio fenicio durante el periodo histórico reflejado en los relatos de la *Iliada* y la *Odisea* (Muhly, 1970; Wathélet, 1983; Aubet, 1994: 117-127). Sobre estas referencias merece la pena recordar respecto a Homero, es que se trata de un poeta, no de un historiador. Y en este sentido hay que ser muy cautos en aceptar de forma mimética los hechos que se describen como algo que sucedió realmente. Pero tampoco hay que desestimar la base histórica de la sociedad descrita en los relatos homéricos. En la manera que el autor ha proyectado, pues es el reflejo de una sociedad post-micénica y precontemporánea suya (Finley, 1980: 13 26).

Heródoto (ca. 485-424 a.C.), que nació en una época de capital importancia para la historia mediterránea, nos muestra en sus *Historias* una obra de importante valor histórico, donde están recogidos datos estrictamente históricos junto a otros imprescindibles para entender el devenir histórico: los datos etnográficos y geográficos. La peculiaridad de su obra se debe a la combinación de dos tipos de investigación: indagación sobre la guerra persa, acontecimiento de una generación anterior, y experimentación gracias a sus viajes por las costas del Mar Negro, Mesopotamia, Fenicia (Tiro), Egipto y Grecia para recoger información sobre las condiciones presentes y los acontecimientos pasados en esas regiones. Para ello tuvo que superar dos dificultades: la escasez de documentos escritos griegos anteriores y la imposibilidad de leer la gran cantidad de documentos escritos orientales. Heródoto tuvo éxito en su empresa, aunque haya llegado a ser verdaderamente el padre de la historia sólo en tiempos modernos. En los últimos tres siglos no se habría desarrollado la historia griega y oriental sin Heródoto. Los orientalistas han escudriñado a Heródoto con ayuda de la arqueología y conociendo lenguas que él no comprendía. Estableciendo

que describía de acuerdo con la verdad lo que veía y refería honestamente lo que escuchaba. Es verdad que los historiadores trabajan sobre fuentes escritas, pero el trabajo de los modernos exploradores, antropólogos y sociólogos sobre poblaciones primitivas nos hacen ver que Heródoto está todavía con nosotros (Roussel, 1975: 23-68; Momigliano, 1984: 134-150; Olshausen, 1991: 41s.; Flach, 1992: 23s.).

Junto a Heródoto, la información más segura sobre la geografía de Fenicia en la época persa nos viene del *Periplo de Pseudo-Escilax* (segunda mitad del siglo IV a.C.). Nos hallamos ante relato escueto que tan sólo especifica puertos y fondeaderos. Siendo un manual náutico por su sobriedad técnica y utilitaria, donde el autor enumera los topónimos indicando las distancias entre uno y otro siguiendo un método simple y elemental. Pero que a pesar de su simplicidad también se pueden extraer datos sobre el organigrama geopolítico de las ciudades-estado fenicias (Galling, 1964; Pédech, 1976: 42; Elayi, 1980: 17; Elayi, 1989: 26s.; Olshausen, 1991: 78).

Durante el *periodo helenístico* la historiografía ocupaba un lugar destacable en el ámbito de la cultura, como lo muestra la gran cantidad de historiadores cuyos nombres han pervivido. Y donde Polibio y Diodoro son los principales exponentes de esta producción ingente (Lens Tuero, 1988: 907ss.).

De los cuarenta libros que comprendían las *Historias de Polibio* tan sólo poseemos los cinco primeros y extractos de muy diversa extensión de los otros. El propósito de este autor era realizar una historia fundamentalmente contemporánea, poco preocupada por los pueblos marginales, escrita para instruir a los hombres de estado y atenta a los conflictos de poder. Pero no cabe duda que esta exposición también es importante por su descripción de los acontecimientos militares y políticos, si bien Polibio no investiga las causas sí explica por qué ocurrían las cosas (Roussel, 1975: 165-191; Lens Tuero, 1988: 925-932). Polibio, sin ser un geógrafo, aparece como el creador de la geografía histórica, ya que utiliza con destreza la información geográfica al usarla como elemento esencial para sus argumentaciones históricas (Olshausen, 1991: 50-54). Un buen ejemplo es la descripción de la costa sirio-palestina durante la cuarta guerra siria [221-217 a.C.] (Polibio, *Historias* V 68-70).

Diodoro de Sicilia, contemporáneo de Julio César (segunda mitad del s. I a.C.), es el autor de la única historia universal escrita en griego en la antigüedad que llega a nosotros. Una obra titulada *Biblioteca* en 40 libros desde el origen del mundo hasta la conquista de Britania por Julio César (54 a.C.). La concepción básica de esta obra es el desarrollo de un programa de ejemplificación moralizante mediante la aplicación sistemática del elogio y la censura de los personajes y estados. Sobre las fuentes que seguía Diodoro, destacan la *Historia* de Timoteo (ss. IV-III a.C.) y las *Historias* de Posidonio (ss. II-I a.C.), obra que comenzaba donde acababa la obra de Polibio (146 a.C.) y terminaba con la exposición de la época de la dictadura de Sila. Para los datos sobre Alejandro utilizó la *Historia de Alejandro* de Clitarco (ca. 300 a.C.), obra no muy rigurosa y demasiado simple, razonablemente libre de prejuicio pero contaminada con elementos novelescos (Lens Tuero, 1988: 936-939; Olshausen, 1991: 31s.).

Con la *Geografía de Estrabón*, contemporáneo de Augusto, tenemos el primer ejemplo de la historiografía griega de época imperial. Este autor nacido el 63 a.C. en Amaseia (Ponto), que viajó por Asia Menor, Grecia, Italia, Egipto, Siria y Armenia, es el pionero de la Geografía humana. Su obra está formada por 17 libros donde encontramos una geografía que utiliza la descripción de países y la etnografía para ir a desembocar en la Historia. En ellos describe la tierra habitada que comienza con España (libro 3) y acaba con Egipto, Libia y Mauritania (libro 17). La descripción de Fenicia queda incluida en el libro 16: Asiria, Siria y Arabia (Olshausen, 1991: 78-81).

En el siglo I de nuestra era, los manuales de Dionisio el Periegeta y de Pomponio Mela vulgarizan, en griego y en latín, la descripción del mundo habitado (Olshausen, 1991: 67 y 75). Sin embargo, posteriormente destacan las obras de *Plinio el Viejo* (23/24-79), quien nos ofrece en su *Naturalis Historia* una enciclopedia de las ciencias naturales en 37 libros, y *Claudio Ptolomeo* (hacia el 150), quien con su *Geografía* en ocho libros vuelve de nuevo a continuar la empresa de los geógrafos alejandrinos y apoyar la geografía en una base verdaderamente científica (Olshausen, 1991: 73s. y 75-77).

Por último, cabría aquí destacar las fuentes principales que nos informan sobre la situación de las ciudades-estado fenicias en el periodo pre-alejandrino. Clitarco, Ptolomeo y Aristóbulo son los tres nombres fundamentales de la historiografía sobre Alejandro. Clitarco es la fuente, considerada como demasiado simple, que subyace en las obras de Trog Pompeyo (s. I a.C.) –en el epitome de Justino (ss. III-IV)–, Diodoro de Sicilia, Quinto Curcio (s. I) y Plutarco (ca. 45-125). Al contrario, la *Anábasis de Alejandro* de Arriano (s. II) sigue una tradición literaria cortesana.

na considerablemente fidedigna (aunque selectiva), en lo referente a los hechos, tomada de Ptolomeo y Aristóbulo (Lens Tuero, 1988: 909).

La obra de *Arriano* es variada, este autor desde edad temprana se entusiasmó por temas de caza, de estrategia y del conocimiento. De ahí que fuese considerado sobre todo un filósofo por sus contemporáneos. Con la *Anábasis de Alejandro*, Arriano inició sus trabajos propiamente históricos. Su título y su estructuración en siete libros es un homenaje a Jenofonte, pese a que el método historiográfico de Heródoto y Tucídides es palpable. En su prefacio comenta que había utilizado a Ptolomeo, que a su vez habría tomado la información de Éumenes de Cardia (el secretario de Alejandro), y a Aristóbulo. Aunque si bien es verdad que también utilizó a Eratóstenes (ca. 285-205 a.C.) (Díaz Tejera, 1988: 1076s.).

1.2.5. LOS TEXTOS FENICIOS

Flavio Josefo (37-100) destaca la cultura escrituraria fenicia equiparable a la de los egipcios y babilonios en su obra *Contra Apión* (I 28):

«Puesto que todo el mundo está de acuerdo, me parece que no debo insistir en el hecho de que entre los egipcios y los babilonios desde la remota antigüedad, el cuidado de los anales y la reflexión sobre ellos estaba en manos de los sacerdotes entre los primeros y correspondía a los caldeos entre los babilonios. Lo mismo sobre el hecho de que sean especialmente los fenicios, entre los muchos pueblos que tuvieron contacto con los griegos, los que también utilizaron la escritura en la organización de la vida y para dejar constancia de las actuaciones públicas».

De esta división sobre la producción escrituraria de los fenicios, debemos comentar que el primer grupo: los textos de *la organización de la vida* corresponden a los textos administrativos o jurídicos. Documentación que por desgracia no es muy numerosa debido a los soportes perecederos (papiro, cuero, etc.) que utilizaron los escribas fenicios. Aunque sí han perdurado las inscripciones sobre *ostraca*, grafitos sobre cerámica y leyendas monetarias. En cuanto al segundo grupo de textos que dejan constancia de *las actuaciones públicas* (inscripciones oficiales, funerarias y votivas) nos han llegado en mayor cantidad gracias a los soportes duros que los contienen (Lemaire, 1986: 215; *GFE* 20).

A la hora de realizar una exposición sobre el *corpus* documental fenicio, ésta debe orientarse según tres puntos de vista: 1º) Una presentación de los diferentes grupos de inscripciones fenicias (Harris, 1936: 8-9; Lemaire, 1986: 222-230; *GFE* 20s.); 2º) Una aproximación a la forma y el contenido de las inscripciones reales fenicias; 3º) Una muestra de los restos de la literatura fenicia en las fuentes clásicas (Lemaire, 1986: 216-222).

1. Grupos de inscripciones fenicias según criterios lingüísticos. Las inscripciones más antiguas son las inscritas en puntas de flechas de fines del II milenio a.C. (Röllig, 1995). Dentro de las encuadradas en el primer grupo denominado *fenicio arcaico* (ss. XI-X a.C.) destacan la espátula de Azar-Baal (s. XI a.C.) y las inscripciones reales de Biblos: Ahiröm (ca. 1000 a.C.), Yehi-Milk (ca. 950 a.C.), Abi-Baal (ca. 925 a.C.), Eli-Baal (ca. 915 a.C.) y Šipit-Baal (ca. 900 a.C.). La documentación escrita en *fenicio antiguo* (ss. IX-VIII a.C.) está más documentada fuera de Fenicia: Asia Menor, Palestina, Chipre, Cerdeña, Cartago, Italia y España. Pero sobre todo destacan las inscripciones fenicias de Anatolia: la de Kilamuwa hallada en Zinçirli (ca. 825 a.C.), la de Azitawada aparecida en Karatepe (ca. 705-695 a.C.) y la encontrada, últimamente (Mosca-Russel, 1987), en Cebel Ires Daği –montaña situada 15 km al este de Alaniy– en la antigua región denominada Cilicia Áspera (625-600 a.C.). De entre los textos en *fenicio clásico* (ss. VII-mitad del IV a.C.) tenemos las inscripciones de los reyes de Biblos: Yehau-Milk (ca. 450 a.C.) y Batno'am (ca. 400 a.C.), y los de Sidón: Tabnit (ca. 490 a.C.), Ešmunazar (ca. 475 a.C.) y Bōd-Aštartē (ca. 450 a.C.). Además de los textos hallados en Mesopotamia (Ur y Arslan Taš), Egipto (Abidos y Saqqara), Chipre (Kition) y Malta (estelas del s. VII a.C.). Y en cuanto a la documentación *fenicia tardía* (ss. IV-I a.C.) hay que destacar las inscripciones dedicatorias y votivas aparecidas en 'Umm al-Amed, Tiro y Arados; y también las encontradas en Palestina, Egipto, Chipre y Malta o las bilingües de Grecia, Chipre y Malta.

2. Las inscripciones reales fenicias como género literario. Ya hemos destacado en los apartados anteriores la importancia de las fuentes egipcias, cuneiformes, bíblicas y grecolatinas para reconstruir la historia de las ciudades-estado fenicias. Pero también se ha de tener en cuenta las propias inscripciones fenicias que además de proporcionararnos los nombres de los reyes de diversas ciudades, revelan la nueva imagen de la monarquía (véase,

por ejemplo, la vida política independiente de Biblos en el siglo x a.C. o la dinastía de Sidón en los siglos vi y v a.C.). E igualmente nos descubren que los soberanos podían ser al mismo tiempo sacerdotes, ofrecen información sobre sus actividades políticas, mencionan los nombres de las divinidades y los actos de culto, y contienen valiosos datos sobre las instituciones, la administración, la economía, etc. Del mismo modo hay que poner de relieve en el hecho de que las inscripciones conocidas son textos oficiales conmemorativos, muy reiterativas y estereotipadas, con una función muy definida y con muchas fórmulas o clichés literarios propios de un marco cultural común (Greenfield, 1971; Avishur, 1976; Amadasi, 1995).

3. Reminiscencias de la literatura fenicia. Las *crónicas tirias* fueron conocidas, al parecer, por traducciones o adaptaciones de época helenística, según nos transmite Flavio Josefo (37-100). Así sabemos de unas *Historias de los fenicios* de un historiador helenístico llamado Díos y una segunda obra *Historia fenicia* de un autor llamado Filóstrato. Una tercera obra: *Historia de Tiro* fue realizada por Menandro de Éfeso (ss. III-II a.C.) que, como nos dice Josefo, había traducido las crónicas tirias en griego y redactado una historia parcial de la ciudad. Pero como Menandro, historiador helenístico de Asia Menor, probablemente no conocía el fenicio, Flavio Josefo tuvo que haber recobrado la obra de Mocos: *Phoinikika* o, con toda seguridad, haber leído a Alejandro Polyhistor (105-40 a.C.), un autor de la escuela de Pérgamo—ciudad propietaria de la biblioteca más importante del Oriente mediterráneo, después de la de Alejandría— autor que había realizado una compilación titulada *Sobre los judíos* (Lemaire, 1986: 217ss.; Gras-Rouillard-Teixidor, 1991: 55s.; Aubet, 1994: 34s.). Los restos historiográficos que se obtienen de la obra de Josefo deben ser tomados a la luz de un análisis hermenéutico según tres niveles. En un primer nivel, se observa que la documentación obtenida por Josefo proviene de obras propias de un periodo importante de la historiografía helenística (s. III a.C.) que compartían fama con las obras de Beroso, *Babyloniaca* y Manetón, *Aegyptiaca* (Gras-Rouillard-Teixidor, 1991: 56). Un segundo nivel parece adivinar que estas obras helenísticas tuvieron como objeto describir los documentos donde sabían su información: crónicas, anales y archivos propios de la cultura escrituraria fenicia (en sintonía con la historiografía israelita) que nos es conocida, al menos, desde la información que nos ofrece *El viaje de Unamón* (Garbini, 1980: 81-82; Lemaire, 1986: 219; Gras-Rouillard-Teixidor, 1991: 56). Un último nivel debe tener en cuenta que aún aceptando la autenticidad de estas «crónicas», sus informaciones deben ser calibradas, pues no nos queda claro si estamos ante unos textos al estilo de las crónicas babilonias, bastante fiables, o ante una documentación oficial que coincide con los datos del Antiguo Testamento bien conocida por Josefo.

Los *mitos y leyendas fenicias* también nos han llegado de manera indirecta por los extractos de la obra: *Historia fenicia* de Filón de Biblos (64-141) que se hallan en la *Praeparatio evangelica* de Eusebio de Cesarea (260-340). Estos extractos plantean grandes problemas de crítica literaria y de crítica histórica, pues Filón dice apoyarse en la obra de un fenicio llamado Sancuniatón (fen. *Sknynn*) de Beirut, una *Historia antigua fenicia* escrita en fenicio anterior a la «guerra de Troya». La fecha y la historicidad de esta obra ha sido muy discutida y parece que Sancuniatón fue un compilador fenicio de época helenística que realizó un resumen de tradiciones cosmogónicas nacionales (Attridge-Oden, 1981: 1-9; Lemaire, 1986: 217; Krings, 1995: 33s.).

1.3. LA PROBLEMÁTICA CANAÁN/FENICIA

En la terminología moderna se suele utilizar el vocablo de “cananeo” para designar a los habitantes de Siria-Palestina desde la edad del Bronce. Y a una parte de éstos, los que habitaban una franja costera del Mediterráneo oriental que coincide con los límites del Líbano actual, quienes poseían una base histórica, geográfica, cultural y lingüística común, se les llama a partir de 1200 a.C. “fenicios”. Es decir, llamamos “cananeos” a los “fenicios” del II milenio a.C. y “fenicios” a los habitantes del Líbano del primer milenio a.C. (Aubet, 1994: 19-20). Igualmente, los historiadores modernos tienen una opinión común sobre la identidad de “Canaán-Fenicia” (Alt, 1959: 1109; Harden, 1967: 27-29; Moscati, 1979: 17-18; Garbini, 1980: 5-6; Gras-Rouillard-Teixidor, 1991: 34; Aubet, 1994: 17-19; y Del Olmo, 1996: 8-10).

Sin embargo, la denominación geográfica de esa franja costera del Mediterráneo oriental fue dada por los griegos y es la que ha prevalecido. No nos detendremos en las diferentes estudios sobre el origen de los términos *Phoiniké* y *phoinikes*, pues el problema etimológico todavía no se ha resuelto (Sethe, 1917; Speiser, 1936; Bonfante, 1941; Astour, 1965; y Ramírez de Arellano, 1996). Como tampoco analizaremos la problemática sobre la etimología de *Kinahnu/Kinahhu/Kin'anu/Kn'n* (Canaán), la denominación autóctona del territorio que los griegos llamaron Fenicia, pues ésta resulta todavía oscura y tan controvertida como la de los anteriores (Speiser, 1936; Maisler, 1946; Moscati, 1959; Astour, 1965; De Vaux, 1968; Weippert, 1980).

Los testimonios que tenemos sobre Canaán y los cananeos son muchos y variados: textos cuneiformes (Mari, Nuzi, Alalakh, El Amarna, Ugarit, Emar, babilonios medios de Hattusas y asirios medios), egipcios, bíblicos, fenicio-púnicos y clásicos (Maisler, 1946; De Vaux, 1968; Weippert, 1980; Lemche, 1991; Na'aman, 1994; Rainey, 1996). De todos ellos, encontramos evidencias que confirman cómo se auto-denominaban los fenicios.

1.3.1. CANAÁN/FENICIA SEGÚN LOS TEXTOS CUNEIFORMES DEL SEGUNDO MILENIO

Como se desprende de la documentación de Alalakh y de las cartas de El Amarna –según la óptica de Rib-Adda de Biblos y Abi-Milku de Tiro– Canaán es ciertamente la región costera entre Biblos y Akka.

La autobiografía de Idrimi relata que este rey de Alalakh (ca. 1450 a.C.) viajó a Canaán y se instaló en Ammiya, cerca de Biblos:

«Al día siguiente me puse en camino y llegué a la tierra de Canaán, donde se encuentra la ciudad de Ammiya (*a-na ma-at Ki-in-a-nim*^{hi/20} ^{uvv} *Am-mi-ia*^{hi} *aš-bu*). En Ammiya había gente de Aleppo, Mukiš, Niya y Anau: cuando me vieron, que era hijo de su señor, se unieron a mí (...)» (Idrimi 17-27).

Cuando Burna-Buriyas II (1359-1333 a.C.) escribe a Amenofis IV (1364-1347 a.C.) sobre el viaje de unos mercaderes babilonios por la región de Canaán, se cita a Hinnatuna, ciudad situada junto al Carmelo:

«Ahora mis mercaderes, que estaban viajando con Aĥu-Tabu, se han detenido en Canaán (*i na KUR Ki-na-aĥ-ĥi*) por negocios. Después Aĥu Tabu marchó hacia mi hermano, en Hinnatuna de Canaán (*i-na URU^{hi} Ĥi-in-na-tu-ni ša KUR Ki-na-aĥ-ĥi*) (...) [Canaán es tu país y [sus reyes [son tus siervos] ([KUR K] *i-na-aĥ-ĥi KUR-ka*^{1u}, LUGAL^{meš} [š]u [IR^{meš}-ka]). En tu territorio (*i-na KUR-ka*) yo he sido robado. Interrógales, [para que] la plata que se han llevado [la] pag[uen]- (EA 8: 13-17 ... 25-27).

Este último testimonio está en consonancia con la información étnico-geográfica que obtenemos de una estela-exvoto púnica hallada en el santuario de El-Hofra (Constantina-Argelia) del s. III a.C., ésta fue realizada por 'Abd-Ešmun, hijo de Madar, un cananeo del (Monte) Carmelo (KAI 116 2-4: *'bdšmn/bn M'dr'š Kn'n/mqrm*). Del mismo modo, Rib-Adda de Biblos, quien nos ha transmitido gran parte de la historia sobre las ciudades costeras del período amarniense en sus angustiados, y desoidos, llamamientos al faraón, hace un frecuente uso del término geográfico *Kinahnu*:

«Que no sea [él (el rey) negligente [con su ciudad, (pues) si] no (los) envía [a Bibl]os, entonces ellos la tomarán y [será asesinada]. Así, los territorios de Canaán no pertenecerán al rey (*u₃ ia-nu KUR^{meš} Ki-na-aĥ-ni a-na LUGAL*). [Que él pregunte] a Yanĥamu sobre es<tos> a<sun>tos» (EA 131: 58-62).

«(...) Yo dije a mi señor: “Mira Biblos, vuestra ciudad, grandes son las propiedades reales que hay en su interior, las posesiones de nuestros an<ces>tros en el pasado. Si el rey es negligente con respecto a la ciudad, ninguna de la totalidad de las poblaciones de Canaán será suya (*šum-ma qa-al LUGAL a-na URU^{hi}/gab₂-bi^{du} URU^{hi} KUR Ki na aĥ-ni ia-nu \ a-na ša-šu*). Que el rey no sea negligente en relación con este hecho”» (EA 137: 72-77).

Abi-Milku de Tiro, quien alude en sus cartas a una cierta crisis política en el interior de su territorio creada por la actitud beligerante de Zimredda de Sidón, se muestra igualmente muy preocupado por la situación insurreccional existente en Canaán:

«Quien (verdaderamente) ha atacado el país del rey (ha sido) el rey de Sidón. El rey de Hazor ha huído de su casa y se ha unido con los *'apiru*. Sepa el rey lo relacionado con estos soldados traidores. Él (el rey de Sidón) ha hecho que el país del rey (se una) a los *'apiru*. ¡Que el rey pregunte a su gobernador, quien conoce (bien) Canaán! (*li-iš-al LUGAL¹⁰ MAŠKIM-šu ša i-de₂/KUR Ki-na-aĥ-na*)» (EA 148: 39-47).

«El rey, mi señor, me ha escrito (así): “De lo que escuches sobre Canaán, ¡escríbeme!” (LUGAL *be-li-ia iš-ia-par₂ a-na ia-š[i] / ša ta-aš-me iš-tu KUR Ki-na-aĥ-na^{1u} šu-pur a-na ia-ši*)» (EA 151: 49-51).

El dominio egipcio sobre Palestina, el Líbano y el sur de Siria se inició tras una serie ininterrumpida de campañas victoriosas llevadas a cabo por Tutmosis III (1468-1436 a.C.). Una vez consolidado el control de toda la región,



Figura 2. Mapa de los dominios egipcios en Siria-Palestina.

bajo Tutmosis IV (1412-1402 a.C.), ésta quedó estructurada en tres provincias: Amurru, Upu y Canaán (Fig. 2). Al frente de las cuales había gobernadores-administradores, como queda reflejado en las siguientes cartas de El Amarna:

«Gracias al gobernador del rey que está instalado en Simira (*i-na* ^hMAŠKIM *šar₃-ri/ša i-šū-u₂ i-na* ^hŠu-mu-ur), Biblos vive. Paḥa[mna]ta, el gobernador del rey que está instalado en Simira (^hPa-ḥa-a[m-na]-ta/^hMAŠKIM HUGAL *ša i-na* ^hŠu-mu-ur^h), conoce las penurias que soporta Biblos. Desde la región de Yarimuta nos estamos abasteciendo. La guler[ra] [contra nosotros es muy dura. Que el rey no sea Inegil]gente con sus [ciudad]es» (EA 68: 19-32).

«Que el rey acelere la salida del ejército] para que pueda capturarlos (: a los hijos de Abdi-Aširta) y hacer que los territorios (se unan) al rey. m[il] señor. ¿Quiénes son ellos. los pe[er]ros? Si Baryawaza está perdido para el rey. [mi] se-

ñor, él no los capturará. El rey, mi señor, (continúa) diciendo al gobernador de G[aza] y al gobernador de Kumidu: «¡Cap[turadlos]!» (*šum-ma* LUGAL B[E-*id*]/*yi-iq-bu a-na*¹⁶GAL URU¹⁶ A[z-za-ti u₃]/*a-na*¹⁶GAL URU¹⁶ Ku-mi-di li-*qu₂-mi*). Pero ellos no los han cogido» (EA 129 [Rib-Adda al faraón]: 77-86).

Desde el punto de vista de la administración egipcia, la provincia de Canaán englobaba un amplio territorio, donde hallamos dos áreas: la franja costera que iba desde Biblos hasta Akka, más Hazor y el monte Carmelo, y toda la región comprendida entre el Carmelo y la región de Gaza, de norte a sur, y entre el Mediterráneo y el Jordán, de oeste a este. El papel de Gaza como capital de Canaán parece intuirse en un mensaje de Tušratta, el rey de Mittani (1375-1350 a.C.), quien envía un mensajero con una carta-salvoconducto que fue presentada con toda probabilidad ante el gobernador de Gaza, tras atravesar el territorio de Canaán y antes de llegar a Egipto:

«A los reyes de Canaán (*a-na* LUGAL¹⁶ *ša* KUR *Ki-na-ab*-[*hi*]), siervos de mi hermano, así (habla) el rey. Con esto, yo envío a Akiya, mi mensajero, para despachar a toda prisa ante el rey de Egipto, mi hermano. Que nadie le detenga. Facilítale un salvoconducto para Egipto y presentadlo ante el gobernador de Egipto. Que él continúe inmediatamente y, en cuanto a sus pre<sentes>, no debe (entregar) nada» (EA 30).

Durante la dinastía XIX, los egipcios perdieron parte de sus dominios asiáticos, a pesar de los diferentes intentos por recuperar Amurru (Setos I y Rameses II). La pérdida definitiva de esta provincia (tras la batalla de Qadeš en 1285 a.C.), supuso una reducción de los dominios asiáticos, quedando sólo Canaán y Upu (Edel, 1953: 55s.; Helck, 1960: 8; García Cordero, 1977: 396; Singer, 1983: 21). Durante el reinado de Mineptah (1224-1214 a.C.), este territorio quedó bajo el control de un único mandatario según el cargo siguiente:

«(Alto) comisario del rey [para los gobernantes] de los países extranjeros de Huru (Siria-Palestina) desde Silú hasta Upu» (*Pap. Anastasi III* 1: 9-10).

Por último, teniendo en cuenta que Gaza fue el centro administrativo de todo este territorio durante las dinastías XVIII y XIX (Redford, 1990: 32s; Na'aman, 1994: 405), sabiendo además que ella fue denominada «la (ciudad de) Canaán» (eg. *p3 Kn'n*) durante la dinastía XIX (Gardiner, 1920: 32; Helck, *Beziehungen* 304; Weippert, 1980: 353b) y que, con posterioridad, durante el resurgimiento egipcio bajo Sesonquis I (945-924 a.C.), esta ciudad de nuevo acogió a un funcionario egipcio: *wpwty n p3 Kn'n n Prst* «comisionado en Gaza, en Filistea» (Steindorf, 1939: Fig. 7,2: 2; Weippert, 1980: 354a; Galán, 1998: 222 nota 89), parece lógico pensar que la provincia (única) de Canaán con Gaza a la cabeza llegó a ser la suma de las dos anteriores provincias: Upu y Canaán (Maisler, 1945-46: 93-96; De Vaux, 1968: 29).

1.3.2. CANAÁN/FENICIA SEGÚN LOS TEXTOS BÍBLICOS

El país de Canaán aparece documentado en la Biblia con mucha frecuencia (90 veces). Ningún texto es contemporáneo al establecimiento de los israelitas en Canaán y los textos más explícitos sobre la geografía de esta región son tardíos (De Vaux, 1968: 28). Sin embargo, las descripciones de *Números* 34: 2-12 y *Ezequiel* 47: 13-21 son básicas para comprender los límites del país de Canaán.

En el cuarto libro del Pentateuco (*Núm.* 34: 1-12), se nos describe la «tierra prometida» de este modo:

«El Señor dijo a Moisés: ¹ Ordena a los israelitas: Cuando entréis en Canaán, estáis en la tierra que os toca en heredad: Canaán con sus fronteras. ² «La zona del sur limitará por el desierto del Espino con Edom. La frontera del sur avanzará del extremo del Mar Muerto por oriente. ³ torcerá hacia el sur por la Cuesta de los Alacranes, y pasando por El Espino dará al sur de Cades Barne; seguirá por Aldeanoble ⁴ y pasará por Asemán; en Asemán torcerá hacia el torrente de Egipto, para terminar en el Mar. ⁵ La frontera del oeste será el Mediterráneo: es la frontera occidental. ⁶ La frontera del norte la marcaréis arrancando del Mar Mediterráneo hasta el monte Hor; ⁷ de allí hasta la entrada de Hama, llegando hasta Sedadá. ⁸ Seguirá por Zefrón, para terminar en Aldealafuente. Es la frontera septentrional. ⁹ La frontera del este la marcaréis desde Aldealafuente hasta Safán; ¹⁰ bajará desde allí hacia Reblá, al este de Lafuente; seguirá bajando bordeando por el este el lago de Genesaret; ¹¹ seguirá bajando a lo largo del Jordán, para concluir en el mar Muerto». Ésa es vuestra tierra y los límites que la rodean» .

Ezequiel (47: 15-21) vuelve a describir las fronteras de esta región:

«Fronteras de la tierra. Por el norte: desde el Mediterráneo, por Jetlón, ¹⁶¹ el Paso de Hama, Sedadá, Berota y Si-bráim –separando los territorios de Damasco y Hama–, hasta Aldealafuente, que limita con Haurán. ¹⁷ Así que la frontera va desde el Mediterráneo hasta Aldealafuente, separando los territorios de Damasco y Hama. Ésta es la frontera septentrional. ¹⁸ Por el este: desde Aldealafuente, por la línea que separa los territorios de Haurán y Damasco, siguiendo el curso del Jordán, entre Galaad e Israel, hasta el Mar de Levante y hasta Palma. Ésta es la frontera oriental. ¹⁹ Por el sur: desde Palma hasta el oasis de Careo Cades y siguiendo el torrente hasta el Mediterráneo. Ésta es la frontera meridional. ²⁰ Por el oeste: limita con el mar Mediterráneo hasta la latitud del Paso de Hama. Ésta es la frontera occidental. ²¹ Ésta es la tierra que os repartiréis las doce tribus de Israel».

Los textos bíblicos aquí citados muestran las fronteras de Canaán en su extensión máxima. Una región que comprendía un amplio territorio que va desde «El Torrente de Egipto», al sur, hasta «La Entrada de Hama», al norte (Fig. 3). Si comparamos estos límites con los territorios asiáticos de la dinastía XIX observaremos que son coincidentes (Maisler, 1930: 64-67; De Vaux, 1968: 28-29; Aharoni, 1979: 71ss.; Weippert, 1980: 355; Na'aman, 1994: 409-411; Rainey, 1996: 11-12). Por lo que se podría aceptar que el «Canaán» de estos textos bíblicos es un concepto geográfico que se retrotrae a la etapa final del Bronce Tardío de Siria-Palestina (De Vaux, 1968: 29) y no es una invención de algún escriba judío (Rainey, 1996: 12). Esta «tierra prometida», que no llegó a ser conquistada en su totalidad según *Josué* 13: 1b¹-6 (cf. también Dussaud, 1923: 313), es la parte de Canaán bajo el control filisteo (Gaza, Asdod, Ascalón, Gat y Ecrón) y la región perteneciente a las ciudades fenicias (Biblos y Sidón):

«Queda aún mucha tierra por ocupar. ²² Toda la parte filisteo y todo Guesur: ²³ desde Sijor, que se halla frente a la tierra de Egipto, hasta la frontera de Ecrón, al norte, (zona) considerada como cananea; (más) los cinco principados: Gaza, Ašdod, Ašcalón, Gat y Ecrón, (junto con) los heveos, ²⁴ al sur. Toda la tierra cananea: desde La Cueva de los sidonios hasta Afqa; hasta la frontera amorrea (donde llega) ²⁵ el país de los de Biblos; y todo el Líbano oriental: desde Baalgad –al pie del Hermón– hasta el paso de Hama. ²⁶ Yo expulsaré ante los israelitas a todos los habitantes de la montaña: desde el Líbano hasta Las Burgas (y) a todos los sidonios».

La expresión «desde el paso de Hama hasta el río de Egipto» fue la designación de lo que pudo ser la extensión máxima (sin contar la zona filisteo y fenicia) del reino de David (1000-960 a.C.). Unos límites de la «tierra prometida» y de los territorios realmente habitados por las tribus israelitas exagerados por la tradición, que pronto se convertirían en un modelo y un punto culminante de la gloria nacional (Liverani, 1995: 522). Un horizonte geográfico utópico que los textos bíblicos colocan bajo el gobierno de Salomón (c. 970-930):

«En aquella ocasión, Salomón, con todo Israel, celebró la fiesta ante el Señor, nuestro Dios, durante siete días; acudió un gentío inmenso, desde el paso de Hama hasta el río de Egipto, al templo que había construido. Comieron, bebieron e hicieron fiesta cantando himnos al Señor, nuestro Dios» (1 *Reyes* 8: 65).

y bajo Jeroboán II (786-746 a.C.):

«²⁷ Jeroboán, hijo de Joás, subió al trono en Samaria el año quince del reinado de Amasías de Judá, hijo de Joás. Reinó cuarenta y un años. (...) ²⁸ Restableció la frontera de Israel desde el paso de Hama hasta el Mar Muerto, como el Señor, Dios de Israel, había dicho por su siervo el profeta Jonás, hijo de Amitay, natural de Gatjéfer» (2 *Reyes* 14: 23-25).

1.3.3. CANAÁN/FENICIA SEGÚN LAS FUENTES CLÁSICAS

La ecuación Canaán = Fenicia resulta evidente en los testimonios más tardíos. Uno nos lo ofrece San Agustín (siglo V), quien dice que si se pregunta a los campesinos del norte de África (descendientes de cartagineses) quiénes son, contestan en lengua púnica: *chanani* (v. san Agustín, *Epistolae ad Romanos* 13: «Unde interrogati rustici nostri quid sint, punicè respondent. Chanani»). Otro testimonio de especial relevancia es el obtenido de la *Historia Fenicia* de Filón de Biblos (64-141), recogida en la *Praeparatio evangelica* de Eusebio de Cesarea (260-340). En especial, cuando se relatan los hechos de los gobernantes más antiguos, donde se nos presenta a Isirio, el descubridor de las tres letras, el hermano de Canaán (*Χνα*), quien cambió su nombre por Fénix (*Φοίνικος*) (*PE* 1.10: 39 = Attridge-Oden, 1981: 58-61; Cors, 1996: 155).

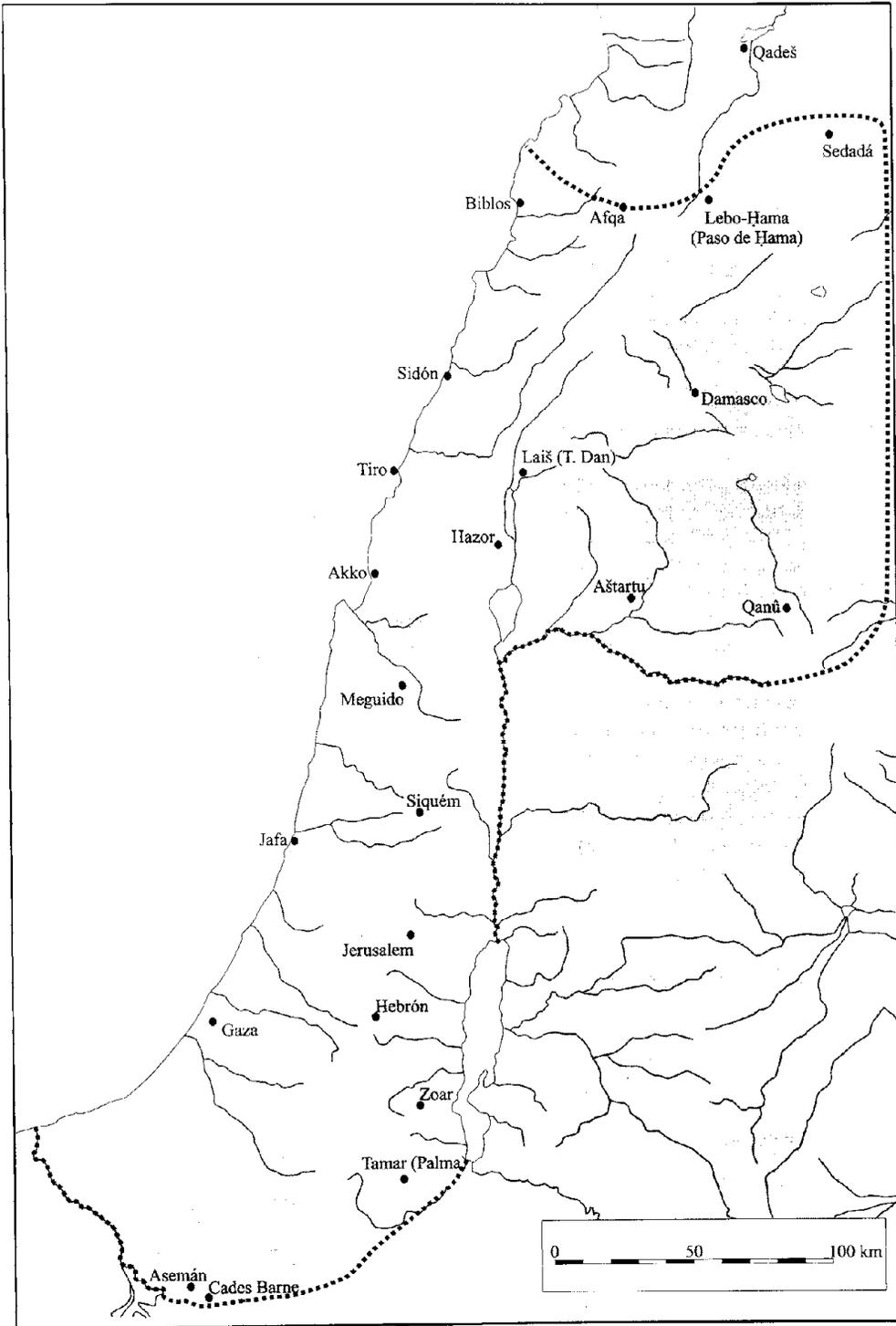


Figura 3. Canaán según el *Macmillan Bible Atlas* p. 41 mapa 50.

Estos testimonios tardíos tienen unos precedentes de especial relevancia. La correspondencia entre ambos términos fue ya expuesta por Hecateo de Mileto (s. VI a.C.), quien afirmaba que *Xva* era el nombre primitivo de Fenicia (*FGHI A frag. 272*). Una relación que está también confirmada por la epigrafía numismática de Beirut/Laodicea (s. II a.C.), donde hallamos la siguiente leyenda fenicia: *L'dk' šb Kn'n* «Laodicea que (está situada) en Canaán» que coincide con el monograma griego: *ΛΑ Φ/ΒΗ* (*Λαοδίκεια ἐν τῷ Φοίνικαι/βηρυτός*) de las inscripciones monetarias de Beirut (Weippert, 1980: 354).

Del mismo modo, también debe tenerse en cuenta alguna traducción de Canaán por Fenicia en la versión griega del Antiguo Testamento (los LXX), p. ej. en Josué 5 1:

«... los reyes canancos (*miky bkn'ny/o βασιλείς τῆς Φοίνικας*) de Occidente».

y la documentación del Nuevo Testamento, donde para san Mateo (siglo I) cananeo es sinónimo de los habitantes de la región de Tiro y Sidón (Mateo 15: 21-22):

«Jesús se marchó de allí y se retiró al país de Tiro y Sidón (*εἰς τὰ μέρη Τυρός και Σιδωνος*). Y hubo una mujer cananea de aquella región (*γυνὴ Χανανία ἀπὸ τῶν ὀρίων*) que salió y se puso a gritarle».

A modo de conclusión, debemos comentar que después de los resultados del trabajo de N. P. Lemche, *The Canaanites and their Land* (1991) parecía que se había roto el consenso de los investigadores sobre el concepto de Canaán (Na'aman, 1994a: 397). Pues este autor realizaba algunas afirmaciones muy desacertadas: «the imprecise and ambiguous Egyptian use of the geographical name Canaan» (Lemche, 1991: 50), «the Canaanites of the Ancient Near East did not know that they were themselves Canaanites» (Lemche, 1992: 152), «the Old Testament historical literature cannot be used as information about the historical Canaanites» (Lemche, 1991: 155), etc.

Sin embargo, si se acepta la postura de R. De Vaux (1968: 30), quien ya admitía que en un principio los israelitas aceptaron el término Canaán con el sentido que tuvo inmediatamente antes de su establecimiento, parece lógico catalogar la reforma administrativa de Mineptah como la llave que permite comprender los textos geográficos bíblicos sobre los límites de la «tierra prometida»/Canaán. Además, si dejamos a un lado el concepto de Canaán según la documentación egipcia de la dinastía XIX y los textos bíblicos herederos de esta concepción (ambos distorsionadores), así como los otros textos bíblicos confusos. Existe una perfecta consonancia entre los datos de la información amarniense propia de Canaán —es decir, según la óptica de Rib-Adda de Biblos y Abi-Milku de Tiro— y los documentos del primer milenio a.C. (Hecateo de Mileto, epigrafía numismática de Beirut, Nuevo Testamento, Filón de Biblos y San Agustín). Y, por tanto, se debe tener en cuenta lo expuesto por N. Na'aman (1994a: 411) sobre las conclusiones del trabajo de N. P. Lemche que son el resultado de una «ill-founded and misinformed geographical-historical discussion».

1.4. DESARROLLO HISTÓRICO DEL ÁMBITO GENERAL FENICIO

La exposición de una breve historia sobre Fenicia pasa por su estructuración según dos grandes periodos: la edad del Bronce y la edad del Hierro, unidos por una etapa intermedia de crisis y reestructuración.

1.4.1. LA EDAD DEL BRONCE

Durante el *Bronce Antiguo III* (ca. 2400 a.C.), la etapa contemporánea al periodo de Ebla, varios enclaves siro-palestinos acceden a la «segunda urbanización»: Ugarit, Biblos, Meguido, etc. (Liverani, 1995: 188-91). La arqueología ha demostrado la importancia de estos centros políticos, donde destaca, sin lugar a dudas, Biblos la ciudad más floreciente, más dinámica y más activa del litoral sirio-libanés (Dunand, 1950; Saghieh, 1983; Aubet, 1994: 25; Liverani, 1995: 189).

Los documentos egipcios del Imperio Antiguo (Montet, 1928: 8s.; Chéhab, 1968: 2-4; Roccati, 1982: §§ 8-11, § 200, § 201; Wilson, 1985: 128ss.; Redford, 1992: 37-43; Helck, 1994: 105-107), por un lado, y los textos de Ebla, por otro, nos informan del papel hegemónico que desempeñó Biblos (Pettinato, 1983: 109-117). Con estos últimos, los datos sobre la cultura siria del III milenio a.C. han aumentado. Según nuestra opinión, sí parece estar claro que existe un ámbito cultural proto-sirio donde Ebla ocuparía el primer estadio, aunque sería exagerado hablar de un país de Canaán como sugiere G. Pettinato.

Igualmente, según los documentos administrativos de Amar-Sin (2046-2038 a.C.), Biblos aparece mencionada junto a otras ciudades sirias: Tuttul, Ebla y Uršum. Gracias a éstos, obtenemos información de los contactos comerciales que existían entre la ciudad sumeria de Ur y Biblos. Igualmente se nos habla de los dinastas locales y autónomos que son denominados *ensi* (Owen, 1992: 107ss.; Liverani, 1995: 238).

A finales del Bronce Antiguo (2000-1900 a.C.), sucedió la crisis de la «segunda urbanización» y se interrumpió el tráfico comercial entre las ciudades siro-palestinas y Egipto debido probablemente a las invasiones amorreas (Aubet, 1994: 28; Liverani, 1995: 250).

Al comienzo del *Bronce Medio* (c. 1900 a.C.) y después de una penetración de nómadas semitas procedentes del Sinaí y del sur de Palestina, Egipto se convirtió en un poderoso estado unitario con los faraones tebanos de la dinastía XII (1991-1786). Según la documentación egipcia del Imperio Medio, obtenemos una interesante visión sobre las relaciones entre Egipto y Siria-Palestina según el *Cuento de Sinubé* (Simpson, 1984: 950). Este cambio de opinión está con relación a la actitud política de los nuevos monarcas egipcios (Posener, 1956: 114-115), quienes renovaron su interés por los recursos asiáticos, reanudando la explotación de las minas del Sinaí y la madera del Líbano a través del puerto de Biblos, la ciudad que ofreció los contactos más intensos y continuos con Egipto. Según algunos autores, no existió una explotación «imperial» con una fuerte presión político-militar sino que existieron unas relaciones puramente comerciales condicionadas por el prestigio y el potencial económico y militar de Egipto (Weinstein, 1975: 9 y 12; Redford, 1992: 79s.; Liverani, 1995: 316).

Una buena prueba de estas relaciones son los datos obtenidos del análisis de los *Textos de execración* (v. Cap. 1.2.1.), donde hallamos la constatación de varias ciudades de la costa siro-libanesa: Irqata (Sethe, 1926: 52 e22 y 56 f12; Posener, 1940: 93 E61), Ulaza (Posener, 1966: 286 f3; Sethe, 1926: 56 f3; Posener, 1940: 96 F2) y Tiro (Posener, 1940: 82 E35). Pero sobre todas destaca Biblos, la ciudad asiática más importante y la única siempre mencionada en los principales documentos egipcios del Imperio Medio: el *Cuento de Sinubé* y las series b) (Posener, 1966: 286 f2), c) (Sethe, 1926: 55 f2) y d) (Posener, 1940: 94 E63) de los *Textos de execración*. De ella, conocemos varios monarcas locales que están documentados por monumentos con inscripciones egipcias (v. cap. 3.1.2.) y, al mismo tiempo, sabemos de sus buenas relaciones con Zimri-Lim (1780-1758 a.C.), el último rey de Mari (Limet, 1985: 14; Loretz, 1994: 113s.).

En la segunda mitad del siglo XVIII las relaciones entre Egipto y los territorios asiáticos cambiaron. Apareciendo en escena una serie de personajes, presumiblemente jefes de tribu, con nombres semitas provenientes de Palestina y denominados con el título de *ḥq3w ḥ3šwt* «jefes de los países extranjeros», más conocidos –según la historiografía egipcia– en su forma helenizada de hicsos (Van Seters, 1966: 187s.; Bietak, 1980: 93; Redford, 1992: 100; Liverani, 1995: 318; Padró, 1996: 246). Estos «príncipes extranjeros» se instalaron en el Delta, aprovechando la debilidad de los egipcios después de la crisis de la dinastía XIII y gobernando hasta la dinastía XVI. Durante estos años Egipto estuvo dividido y sumido en las luchas entre dinastías rivales, lo que motivó una corta etapa de independencia entre los núcleos sirio-palestinos y Egipto (Harden, 1967: 54ss.; Liverani, 1995: 319; Vandersleyen, 1995: 158).

Durante el *Bronce Tardío* (1550-1200 a.C.), la historia de las ciudades costeras sirio-libanesas está muy ligada a los acontecimientos históricos del Imperio Nuevo egipcio. El despertar egipcio de la pesadilla hicsa coincidió con el mandato de *Amosis* (1552-1527 a.C.), quien realizó una «guerra de liberación» para expulsar a los hicsos (Vandersleyen, 1995: 223-225). Este faraón atacó el corazón de los hicsos: Saruhen, la capital asiática de los hicsos, y la conquistó. El resto de noticias sobre actividades militares en Siria-Palestina son muy imprecisas (Vandersleyen, 1971: 125ss.; Weinstein, 1981: 5s.; Vandersleyen, 1995: 229s.; Pérez-Accino, 1997: 72ss. y 80-83).

Su sucesor, *Amenofis I* (1527-1506 a.C.), centró su actividad en el mantenimiento de la paz en el interior del país (Vandersleyen, 1995: 243-246), siendo *Tutmosis I* (1506-1494 a.C.) quien inicia de manera tímida la presencia egipcia en Asia (*Urk.* IV 9: 8-10: 3; *Urk.* IV 36: 9-11: *Urk.* IV 697: 5).

Bajo el reinado *Tutmosis III* (1490-1436 a.C.) se inauguró una etapa de esplendor para Egipto, al mismo tiempo que comienza una verdadera presencia militar egipcia en Asia (Padró, 1996: 269-71). Este monarca necesitó 17 campañas para someter Palestina y la costa sirio-libanesa (1468-1449 a.C.), pues tuvo que enfrentarse a unas fuerzas superiores a las de unos simples reyezuelos locales (Liverani, 1995: 435 y 442; Vandersleyen, 1995: 294-307). Sus campañas, sistemáticas y repetidas, se pueden agrupar en tres fases, según M. Liverani (1995: 442). La primera (1468 a.C.), la «expedición contra Retenu» (Gaza, Yehem y Meguido), culminó con la conquista de esta última (*Urk.* IV 657-659, 1234 y 1246 = *EF* n^o 49 = Galán, 2002: 80-85), que aseguró a Tutmosis el control definitivo de Palestina (*Urk.* IV 647-668). Las campañas 5^a, 6^a y 7^a (la segunda fase) se saldaron con una campaña contra Ulaza (*Urk.* IV 685-688 = Galán, 2002: 87s.), la conquista de Qadeš y el sur de Siria (*Urk.* IV 689-690 = Galán, 2002: 880), y la conquista definitiva de Ulaza (*Urk.* IV 690-693). La tercera fase (campañas 8^a y 9^a) llevó a Tutmosis hasta el Éufrates,

tras guerrear contra Qaṭna (*Urk.* IV 696-702 = Galán, 2002: 90) y Nuḷšašše (*Urk.* 703-707 = Galán, 2002: 91 s.). En el año 1458, Tutmosis ya había conseguido los puntos más extremos al norte de su imperio, las posteriores campañas fueron unas normales maniobras de intimidación (Redford, 1992: 159-160; Vandersleyen, 1995: 306).

Amenofis II (1436-1412 a.C.) no hizo más que reafirmar el control sobre las mismas regiones (Yeivin, 1967: 119-128; Redford, 1992: 162s.; Liverani, 1995: 442). A pesar de su largo reinado, sus actividades militares fueron muy limitadas si las comparamos con sus antecesores (Vandersleyen, 1995: 323). Según las fuentes egipcias, Egipto y Mittani llegaron a una *entente cordiale*, dividiendo las regiones asiáticas en dos áreas de influencia (Edel, 1953b: 173f.; Redford, 1992: 163-165; Liverani, 1995: 442; Padró, 1996: 272). La zona egipcia llegaba por la costa hasta Ugarit y por el interior hasta Qadeš (Liverani, 1995: 438, Fig. 103), por lo que Egipto controlaba las ciudades costeras sirio-libanesas: Ugarit, Siyannu, Arados, Ulaza, Baṭruna, Biblos, Beirut, Sidón, Tiro y Akka.

Durante el reinado de *Tutmosis IV* (1412-1402 a.C.), el estado de hostilidades llegó a su fin (Vandersleyen, 1995: 354). Egipto y Mittani se unen con lazos de parentesco (Tutmosis IV se casó con una hija de Artatama I, v. *EA* 29: 16-18) y establecen un procedimiento de intercambio de regalos, embajadores y cartas (Redford, 1992: 165s.; Liverani, 1995: 383; Padró, 1996: 272s.). Esta actitud se mantuvo en época de Amenofis III (1402-1364), quien tomó por esposa a Giluhepa, hermana de Tušratta (*EA* 29: 18-20). A lo largo de este reinado se configuró la división administrativa de los territorios asiáticos en tres provincias, cuyas capitales eran Gaza (provincia de Canaán), Šumur/Simira (provincia de Amuru) y Kumidu (provincia de Upu) (Helck, 1960: 1-13; Liverani, 1967: 5; Klengel, 1986: 77-84; Moran, 1992: XXVI-XXVII; Redford, 1992: 207; Liverani, 1995: 437; Vandersleyen, 1995: 438). Bajo su reinado, según D. B. Redford, Ugarit tuvo un tratamiento de «favored city» y Biblos, Beirut, Sidón y Tiro eran estados privilegiados (Redford, 1992: 168).

Durante la etapa de gobierno de *Amenofis IV* (1364-1347 a.C.), surgieron una serie de conflictos que vinieron a perturbar los territorios del «imperio» egipcio de Asia. Hasta hace bien poco se aceptaba la idea de que la época amarniense fue un periodo de decadencia del dominio egipcio en Asia. Quizás, motivada por una lectura superficial de las cartas del archivo de El Amarna, de donde se desprende un escaso interés del monarca por los asuntos sirios. Y, con mucha seguridad, según una idea acuñada por J. H. Breasted (1908: 280). Un buen ejemplo es la posición de P. Garelli (1978: 124), quien expone lo siguiente: «La mayoría de los historiadores invocan su misticismo; absorbido por su revolución religiosa, se habría desinteresado de la política extranjera». Y, del mismo modo, J. Padró (1996: 286) también piensa así: «La situación, de todos modos, empeoraría irremisiblemente con el nuevo faraón, debido a su carácter, a los problemas internos gravísimos, tanto religiosos como políticos y sociales que provocó con su revolución y herejía, y a su absoluto desinterés por los asuntos internacionales».

Sin embargo, ya en los años sesenta, existían otras opiniones bien diferentes. Así, A. R. Schulman demostraba que las tropas egipcias habían estado presentes y activas en Siria durante el reinado de Amenofis IV (Schulman, 1964); H. Klengel resaltaba la habilidad diplomática de Amenofis IV a la hora de mantener el sur de Siria bajo soberanía egipcia y la retención en la corte amarniense de su reyezuelo sirio más poderoso: Aziru de Amuru (Klengel, 1965: 136); y M. Liverani destacaba la política elegida por el faraón como la consecuencia lógica del modo egipcio de concebir las relaciones entre señor y vasallo (Liverani, 1967: 8-9). Tres trabajos recientes mantienen la postura de que no hubo desinterés en los asuntos asiáticos por parte de Amenofis IV (Gestoso, 1992: 38-46; Liverani, 1995: 442s.; Vandersleyen, 1995: 439). Últimamente, M. Liverani comenta que los reyezuelos sirios se quejaban del «desinterés» faraónico y seguían reclamando su apoyo, pero en realidad sólo hubo una reducción de la presencia militar, debido a la tranquilidad que reinó durante varios decenios y a la pura rutina de las campañas de recaudación del tributo (Liverani, 1995: 443).

Según M. Several, esta relajación sí originó una serie de conflictos: disputas entre ciudades, disturbios con los *apiru* (bandas de refugiados), burocracia negligente y corrupta, e interrupción del comercio y las comunicaciones (Several, 1972; opinión que comparten Weinstein, 1981: 15-17 y Vandersleyen, 1995: 439). Las ciudades costeras sirio-libanesas se vieron inmersas en estas luchas internas, donde Biblos y Tiro fueron las más afectadas. La primera tuvo que sufrir los diferentes ataques de los jefes tribales de Amuru: Abdi-Aširta y Aziru, como bien nos ha transmitido Rib-Adda, el rey de Biblos (Altman, 1978: 4-6; Klengel, 1992: 175; Singer, 1991: 145s. 149; Galán, 1993: 173). Además a esta situación hay que añadir la intervención de Šuppiliuma (1370-1342 a.C.), quien realizó grandes avances por Siria y ganó adeptos tan importantes como Niqmadu II de Ugarit, Aitakama de Qadeš y Aziru de Amuru, sí fue un grave traspie para la política exterior egipcia (Redford, 1992: 174ss.; Liverani, 1995: 401, 443; Vandersleyen, 1995: 439s.). Por lo que la frontera egipcia retrocedió de Ugarit a Biblos y de Qadeš a la Biqā' (Liverani, 1995: 443).

Con el inicio de la XIX dinastía vinieron aires renovadores en la política egipcia. Rameses I, su fundador, tuvo un reinado muy corto (1305-1303 a.C.). Sin embargo, *Setos I* (1303-1289 a.C.), su sucesor, reinició el espíritu de

anteriores monarcas, efectuando una serie de campañas con la intención de recuperar el territorio asiático que estaba en manos hititas. Después de controlar las bases marítimas fenicias preparó un enfrentamiento con los hititas para controlar Amurru (Gaballa, 1976: 103-105; Spalinger, 1979; Murnane, 1990: 40-45; Redford, 1992: 180s.; Vandersleyen, 1995: 498-504). Estos fueron sus hechos más sobresalientes: a) las campañas contra nómadas asiáticos: *šasu* (KRI 8: 8-12; KRI 9: 3-5; Spalinger, 1979: 30; Murnane, 1990: 40-42; Galán, 1998: 143-145) y *'apiru* (KRI 16: 8-12; Spalinger, 1979: 32; Galán, 1998: 145) y b) las campañas en Siria-Palestina: Palestina (KRI 12: 7-15; Spalinger, 1979: 31; Murnane, 1990: 42ss.) y Amurru: la conquista de Qadeš (Simons, XIII: 54-61, XIV: 56-61, XV: 19-24; Spalinger, 1979: 32; Murnane, 1990: 44-45 y 52ss.).

Su heredero, *Rameses II* (1289-1224 a.C.), continuó su obra (Kitchen, 1985: 50ss.; Redford, 1992: 183s.; Vandersleyen, 1995: 524-535) y, al inicio de su reinado (año 4), conquistó Irqata, acercando así de nuevo a Amurru a la órbita egipcia. Provocando así el enfrentamiento con los hititas en Qadeš (ca. 1285 a.C.), donde Muwatalli intentaba recuperar Qadeš y Amurru para su dominio. La batalla fue negativa para los intereses egipcios, aunque Rameses no renunció a conmemorar este fracaso (Kitchen, 1985: 64ss.). Finalmente, la estabilidad llegó gracias a un tratado de paz (ca. 1269 a.C.) firmado por Hattušili III y Rameses II (ARE III §§ 367-91 = ANET 199-201; EF 161-68 n° 64; Langdon, Gardiner, 1920; Schulman, 1977; Kitchen, 1985: 75-79; Liverani, 1995: 443; Padró, 1996: 302). El tratado no señala fronteras entre las dos grandes potencias, pero para J. A. Wilson (1985: 355) la existencia de una frontera que separaba la costa siria y la Siria central del actual Líbano, Siria meridional, Palestina e Israel no pasaba de ser una mera suposición. Sin embargo, D. B. Redford (1992: 188-191) precisa más, pues según él, Siria-Palestina quedó dividida en dos áreas: una de protectorado hitita sobre algunos reinos (Alalah, Alepo, Cárquemis, Aštata/Emar, Nuḥašše, Ugarit, Amurru, Qaṭna y Qadeš) y otra de dominio egipcio que comprendía un territorio entre Biblos y Gaza. Quedando como provincias, tras la pérdida definitiva de Amurru y Qadeš, sólo Upu y Canaán (Edel, 1953b: 55; Helck, 1960: 8; García Cordero, 1977: 396; Singer, 1983: 21).

Rameses II murió tras un reinado de 67 años, ocupando el trono su tercer hijo, *Mineptah* (1224-1204 a.C.). Este faraón que heredó una cierta calma en los dominios exteriores de Egipto, hacia 1220 a.C. se enfrentó a una coalición de pueblos liderados (donde se reconocen algunos de los infatigables «pueblos del mar») por un príncipe libio (Estela de Israel = ARE §§ 569-612 = ANET 376-78 = EF 171-76 n° 68; Wilson, 1985: 362; Liverani, 1995: 496; Padró, 1996: 306s.). En cuanto a la situación de los dominios asiáticos durante su mandato, existen pocos datos y muy problemáticos (Singer, 1994: 186-89). Para algunos investigadores la composición poética final de la *Estela de Israel* es el principal testimonio que confirmaría una campaña llevada a cabo contra Canaán durante el 5º año de su reinado (Yurco, 1986; Singer, 1988: 3; Singer, 1994: 287s.; Padró, 1996: 307-8). Sin embargo, algunos egiptólogos (Helck, 1977: 224; Wilson, 1985: 363; Redford, 1986) son escépticos sobre la certeza histórica de esta composición.

De este periodo tenemos un importante documento para entender la reforma de la administración egipcia en Canaán realizada por Mineptah. El *Papiro Anastasi III* 1: 9-10 (3º año de Mineptah) muestra el título: «(Alto) comisario del rey [para los gobernantes] de los países extranjeros de Huru (Siria-Palestina) desde Silû hasta Upu» (Edel, 1953b: 56; Singer, 1994: 289) que tenía Amenemope. Aquí se observa la nueva estrategia política de Mineptah, quien centraliza el poder en sus dominios asiáticos al concentrar el control de todas las provincias asiáticas en manos de un único gobernador (Singer, 1988: 4; Singer, 1994: 289).

Después de Mineptah, cuatro o cinco faraones gobernaron en el espacio de 15 o 20 años y, a continuación, hubo un interregno entre la dinastía XIX y XX (Wilson, 1985: 365; Padró, 1996: 308-9). Por el contrario, el reinado de *Rameses III* (1184-1153), segundo faraón de la dinastía XX, es relativamente bien conocido gracias a los relieves e inscripciones de Medinat Habu y el *Papiro Harris*. Este faraón aún mantuvo su imperio asiático en Siria-Palestina. Después de contener la oleada de los «pueblos del mar» el imperio estaba salvado. Sin embargo, el dominio de Egipto en Siria no duró más que el tiempo que vivió Rameses III (Wilson, 1985: 369; Trigger *et al.*, 1985: 278; Padró, 1996: 338-340).

1.4.2. LOS «PUEBLOS DEL MAR» Y LA «EDAD OSCURA»

Hacia el 1180 a.C. toda la cuenca del Mediterráneo oriental estaba en efervescencia. El imperio hitita cae repentinamente y Egipto apenas puede contener a una confederación de «pueblos del mar»: filisteos, zeker, šekeleš, danuna y wešeš (Garelli, 1978: 174-177). Hasta no hace muchos años la historiografía moderna se daba por satisfecha con la explicación exterior y migratoria sobre la denominada «crisis del 1200» (Sandars, 1985), pero últimamente algunos estudios intentan demostrar que estas invasiones y destrucciones no fueron la causa sino la consecuencia (Liverani, 1992; Muhly, 1992).

Para M. Liverani, los «pueblos del mar», por sí solos, no pudieron derrocar el imperio hitita y destruir su capital Hattušaš, por ejemplo. Y aunque no cabe duda de que la invasión se produjo, incluso de forma masiva y repentina, como lo demuestran las cartas de Ugarit y el sentimiento de alivio que se desprende de las inscripciones de Rameses III. Pero desde finales del siglo XIII a.C. ya existían muchos problemas socio-económicos internos: crisis demográficas (guerras, pestes, destierros, despoblación) y crisis productivas (sequías, hambre). Con el paso de los «pueblos del mar» y otros movimientos migratorios internos se destruyeron las ciudades palatinas. La caída de estos palacios, al incidir en un sistema completamente centrado en ellos acarrió la destrucción del sistema político y las relaciones interregionales del Bronce Tardío, que se había mantenido en pie pese a las dificultades (Liverani, 1987).

El resultado de todo esto fue el siguiente: Egipto, cuyo país estaba indemne, tuvo que renunciar a sus posesiones asiáticas y limitar sus relaciones interregionales; el imperio hitita desapareció para siempre, así como Ugarit y Alalah; y las ciudades de la costa libanesa, entre Biblos y el Carmelo, permanecieron a salvo (Liverani, 1995: 498). Además, aprovechando esta ruptura en la organización territorial de Siria-Palestina, los filisteos se hicieron con el control de Palestina (Brug, 1985; Dothan-Dothan, 1992), los israelitas irrumpen en las colinas y montañas de la antigua provincia egipcia de Canaán (Bright, 1956; Weippert, 1967; Mendenhall, 1973; Gottwald, 1979; Lemche, 1985; Na'aman, 1994b) y los arameos se ubicaron en la zona central de Siria, extendiendo sus brazos también hacia los antiguos territorios hititas de Siria y hacia la antigua provincia egipcia de Upu (Sader, 1992: 158-159; Dion, 1997: 15-21).

Del mismo modo, si nos atenemos a los datos de las excavaciones en Sarepta, donde la continuidad constructiva y cultural sin niveles de destrucción está confirmada entre el estrato F (s. XII a.C.) y los estratos E-D (Edad del Hierro) (Anderson, 1988: 386-390), y en la pequeña área excavada en Tiro, entre los estratos XV (Bronce Tardío) y XI (s. IX a.C.) (Bikai, 1978: *Plates* 64-66), estas ciudades no sucumbieron ante la «crisis del 1200».

En cuanto a las otras ciudades, no tenemos información arqueológica, por ejemplo, de Arados, como tampoco se han hallado niveles de estos periodos en Biblos y Sidón, pero estas tres ciudades tuvieron un papel destacable en la historia política de la llamada «edad oscura» de los siglos XII y XI a.C. (Aubet, 1994: 35-37). Como se desprende de las inscripciones reales asirias de Tiglat-pileser I (1114-1076 a.C.), quien durante el cuarto año de su reinado realizó una serie de campañas por el oeste, llegando al Mediterráneo y recibiendo tributo de los países de Biblos, Sidón y Arados (*RIMA 2* Tiglat-pileser I A.0.87.3: 16-25); y del trasfondo político del relato egipcio de Unamón (c. 1069 a.C.), que ofrece información sobre el poder político de Zakar-Baal, rey de Biblos, quien se muestra independiente ante el poder egipcio gracias a la actividad de su puerto comercial y sus dominios del Líbano (Leclant 1968: 10; Aubet, 1994: 106-109; v. cap. 3.2.1).

Lingüística y culturalmente la continuidad es clara si nos atenemos a la conclusión que llega G. Del Olmo (1986: 33): «Fenicia» emerge/prolonga «Canaán» cuando Ugarit fenece». Según este autor, Ugarit y Fenicia representan *dos momentos* sucesivos y excéntricos de un desarrollo socio-cultural con coordenadas geopolíticas, climáticas, económicas y religiosas básicamente idénticas. Entre esos dos momentos, existe una unidad cultural evolutiva que se aprecia en la *lengua* y en la *ideología* (ideas y creencias, culto y cultura), así como una correlación de evolución homogénea en formas y contenidos (Del Olmo, 1986: 33-35).

1.4.3. LA EDAD DEL HIERRO

Este periodo corresponde claramente a la historia clásica fenicia, donde los fenicios alcanzan su independencia y su individualidad étnico-cultural (Bunnens, 1995: 225ss.).

1.4.3.1. LA ETAPA DE LAS CIUDADES INDEPENDIENTES

Desde el siglo X a.C. hasta mediados del VIII (cuando la amenaza asiria se hace más concreta con Tiglat-pileser III, quien se inclina por la anexión directa) las ciudades fenicias mantuvieron casi intacta su independencia. Las noticias que tenemos de este periodo proceden de fuentes muy dispares (egipcias, fenicias, hebreas, asirias, etc.) y, según éstas, se puede afirmar que Biblos y Tiro ocuparon un lugar privilegiado.

Una serie de inscripciones de los reyes locales de Biblos (ʿAḥirōm, Abi-Baal, Eli-Baal, Šipit-Baal y Yeḥi-Milk) revelan la nueva imagen de esta monarquía, que conserva la herencia de Zakar-Baal y mantiene a Biblos como enclave privilegiado del comercio egipcio (Liverani, 1995: 540).

El antiguo predominio político de Sidón durante el siglo XI a.C., del que parecen existir algunos indicios en *Josué* 19: 24-31, fue recogido por Tiro. El Antiguo Testamento nos proporciona información sobre las relaciones político-comerciales entre Hiram I de Tiro (969-936 a.C.) y los monarcas israelitas: David (2 *Sam.* 5: 11) y Salomón (1 *Re.* 5: 15-26), la que ha servido para fundamentar la idea sobre los orígenes del imperio comercial de Tiro (Fensham, 1969: 71-87; Katzenstein, 1973: 74-75; Peckhman, 1976: 231; Donner, 1982: 51-52; Briquel-Chatonnet, 1992: 25-58; Aubet, 1994: 48-50). Después, cuando Itto-Baal I (887-856 a.C.) crea un único estado, que engloba a Tiro y Sidón (Josefo *Ant. Jud.* VIII: 317; IX: 138), bajo la capitalidad de Tiro, se inicia la auténtica expansión territorial por todo el territorio meridional de Fenicia, la fundación de colonias (Auza en Libia y Baṭruna al norte de Biblos) y una presencia comercial más activa en Israel, Siria y Chipre (Katzenstein, 1973: 131 y 141; Aubet, 1994: 50ss.).

1.4.3.2. FENICIA Y LOS GRANDES IMPERIOS

Las principales ciudades fenicias atravesaron por una serie de vicisitudes desde las campañas de Salmanasar III (mediados del s. IX a.C.) contra Hama y Damasco hasta la llegada de Cn. Pompeius Magnus a Siria (64 a.C.). Las dinastías de estas ciudades tuvieron que soportar las medidas de las diferentes administraciones imperiales (asiria, babilonia, aqueménida y helenística), si bien, la autonomía política de algunas ciudades fenicias se mantuvo en el marco de una sustancial independencia dentro de estas organizaciones.

1. Fenicia bajo la presión asiria

La progresiva expansión asiria vino a reducir la autonomía de las ciudades fenicias (Moscatti, 1979: 31; Bunnens, 1995: 227-32). Las expediciones de Tiglat-pileser I (c. 1110 a.C.) y de Assurnasirpal II (866 a.C.) tuvieron fines comerciales y se desarrollaron en un clima amigable (*RIMA* 2 Tiglat-pileser I A.0.87.3: 16-25; *RIMA* 2 Ashurnasirpal II A.0.101.1: III 84-88). Sin embargo, la situación cambió durante los reinados de Salmanasar III (858-825 a.C.) y Adad-nirari III (810-783), quienes iniciaron una nueva política expansionista de elevado pago de tributos, amenazas y devastación (Liverani, 1995: 540-41).

Bajo el reinado de *Salmanasar III*, no faltaron casos de resistencia armada (Hawkins, 1990: 390-93; Ponchia, 1991: 90; Lamprichs, 1995: 85; Liverani, 1995: 541). Dos ejemplos destacables fueron la batalla de Qarqar (853 a.C.), donde Urhilina, el rey de Hama, y Adad-idri, el rey de Damasco, encabezaron una rebelión en la que participaron otras ciudades fenicias: Biblos (que aportó un contingente de 500 infantes), Irqata, Arados, Usnu y Siyānu, también amenazadas (*RIMA* 3 Shalmanaser III A.0.102.2: II 87-97); o el asedio de Damasco (841 a.C.), donde Salmanasar, al no poderla conquistar, realizó una serie de razzias por su territorio, al mismo tiempo que recibió tributo de Tiro y de Israel (*RIMA* 3 Shalmanaser III A.0.102.10: III 45b-IV 15a). En cuanto al pago de tributos realizado por las ciudades fenicias, cabe destacar la noticia de un pago por parte de Tiro, Sidón y Biblos a Salmanasar III en su 21 año de reinado (838 a.C.) (*RIMA* 3 Shalmanaser III A.0.102.14: 103b-104a).

Durante el mandato de *Adad-nirari III* (810-783 a.C.), Siria (Hatti-Amurru) y la costa fueron de nuevo el objetivo de la armada asiria (Tadmor, 1973: 145; Pitard, 1987: 161-163; Ponchia, 1991: 46-48). Durante los años 806 y 803 a.C. tuvieron lugar dos campañas una contra Siria: «En el quinto año <después> de haber ascendido al trono real, yo movilicé el país (y) ordené marchar contra Siria (*ana* KUR *Ḥat-te-e*) a la totalidad de las tropas de Asiria» (*RIMA* 3 Adad-nārārī III A.0.104.6 11b-20) y otra contra Fenicia: «Nergal-eriš, gobernador de Rasappa, (campana) hacia Baʿalu (ciudad costera fenicia)» (Millard, 1994: 57). Además de la conquista de Damasco (796 a.C.) y la entrega de tributos por parte de las ciudades fenicias y palestinas (*RIMA* 3 Adad-nārārī III A.0.104.7: 4-9a; *RIMA* 3 Adad-nārārī III A.0.104.8: 11b-14a; Tadmor, 1973: 148; Pitard, 1987: 163-165; Weippert, 1992: 49-53; Ehrlich, 1996: 84s.).

Con *Tiglat-pileser III* (744-727 a.C.) se inició la conquista de vastos territorios de Siria-Palestina, se crearon provincias y se instalaron gobernadores en ellas (Forrer, 1919: 49; Oded, 1974: 38-49; Botto, 1990: 21-31; Hawkins, 1990: 415; Tadmor, 1994: 9; Jasink, 1995: 173; Ehrlich, 1996: 88s.). Las campañas contra los países del oeste se pueden dividir en dos periodos: a) la conquista y anexión del norte de Siria (Arpad, Unqu, Hatarikka y Simira) durante los años 741-738 a.C. y b) desde la campaña contra los filisteos hasta la caída de Damasco (junto con la anexión de Galilea y la Transjordania) entre los años 734-732 a.C. Las campañas contra el norte de Siria y la campaña contra los filisteos (Millard, 1994: 59 «734 Bel-dan de Kalhu, (campana) hacia Filistea») se clausuraron con la entrega de tributos de todos los vasallos del oeste (*Tiglat-pileser III* 106-109 «Stele III A»: 1-23: «Summary Inscription 7»: 6-13').

Durante el corto reinado de *Salmanasar V* (726-722 a.C.), las ciudades de Siria-Palestina tuvieron que soportar de nuevo la actividad bélica de los asirios (Botto, 1990: 34). Según nos informa Flavio Josefo (Josefo, *Ant. Jud.* IX: 283-87), los ejércitos asirios estuvieron presentes en Fenicia en dos momentos diferentes. Un primera intervención (726) debe ser colocada en el mismo año de la entronización del monarca asirio (Katzenstein, 1973: 225), la cual probablemente supuso la división del reino unificado Tiro-Sidón (una política similar ya había sido puesta en práctica por Tiglat-pileser III en Israel: Dor, Meguido, Galaad y la aislada Samaria). Como este nuevo *status quo* no satisfizo a Elulaios/Luli, la revuelta estaba servida y la segunda presencia de los ejércitos asirios en 725 fue la causa del bloqueo de la isla de Tiro (Na'aman, 1998b: 246s. esp. la bibliografía en nota 27), como así se interpretan las palabras de Josefo basándose en el relato de Menandro. El largo bloqueo de cinco años sólo puede entenderse por la presencia asiria ocupada en el asedio de Samaria en 723-721 (Botto, 1990: 34; cf. también *2 Reyes* 17: 3-6).

Sargón II (721-705 a.C.), el usurpador que mató a Salmanasar V, hizo suyos los niveles de compromiso personal y de continuidad establecidos por Tiglat-pileser III (Liverani, 1995: 620). Durante esos años, las actuaciones militares más destacables en el oeste fueron la anexión de IJama (Fuchs, *Sargon* 291 Zyl 25, 308 XIV 9, 345 Prunk. 33-36a) y la reocupación de Samaria (Fuchs, *Sargon* 344 Prunk. 23-25a). En cuanto al ámbito fenicio, Sargón tuvo que concluir la campaña contra Tiro el mismo año de su entronización. A pesar de que, según el relato de Flavio Josefo, no está claro cómo los asirios lograron controlar Tiro después de cinco años de bloqueo, dos recientes estudios (Na'aman, 1998b y 2001) clarifican lo sucedido. Revisar los sucesos relativos a la expedición contra Chipre durante el 710 a.C. (véase la última edición del texto asirio en: Fuchs, *Sargon* 352 Prunk. 145b-148a) -cuya victoria finalmente quedó reflejada al erigirse una estela asiria en Kition el 707 a.C. (véase en Na'aman, 2001: 361s. el actual estado de la cuestión)-, han servido para dar una sugerente explicación a la situación geopolítica del reino unificado. El reestudio de unos fragmentos incompletos de los "Anales de Sargón" (Na'aman, 1998b: 241-244) nos ofrecen un nuevo monarca de Tiro: Šilṭa (indudablemente, filo-asirio), mientras que en la zona continental (Sidón y su área de influencia) quedaría instalado Elulaios/Luli (Na'aman, 1998b: 247). Situación que puede interpretarse como la culminación de la división del reino unificado. La actuación política asiria, en relación al comercio, confirma el interés de Sargón por potenciar dos núcleos filo-asirios: Tiro, centro encargado de dirigir la explotación maderera del Líbano (Fales, 1992: 52-55 n.º 3), y el *būt kāri* de Tall Abu Salima, centro filisteo básico para el contacto directo con Egipto (Reich, 1984: 32-38).

El reinado de *Senaquerib* (704-681 a.C.) está bien documentado por sus anales y otras inscripciones. Su única gran expedición en Siria-Palestina (701 a.C.) no fue del todo un fracaso. Aunque no venció definitivamente a sus dos enemigos más importantes: Ezequías de Judá, quien superó el asedio de Jerusalén, y Luli, el rey de Sidón, que eludió la captura refugiándose en Chipre (*Senaquerib* 29s.: II 37ss., 68-76: 18ss.); sus territorios fueron acortados en beneficio de los reinos colindantes filo-asirios (Liverani, 1995: 623). Las líneas básicas de la política sirio-palestina de Senaquerib han quedado bien definidas por N. Na'aman y M. Botto. Así, para el primero la política de Senaquerib pretendía la creación de una serie de entidades estatales de igual potencial para prevenir la supremacía de algunos reinos sobre otros y posibles uniones con Egipto para enfrentarse contra Asiria (Na'aman, 1974a: 36). Para M. Botto, la estrategia asiria en sus operaciones militares parece deberse a un preciso programa de control sobre estas regiones. Estos métodos de control fueron en aumento con respecto a las efectuadas anteriormente, en la medida que crecía el imperio asirio (Botto, 1990: 73).

El reinado de *Asarhadón* (680-669 a.C.) supuso un grave deterioro para la autonomía fenicia. La región fue dividida en dos provincias: Simira, al norte, y Kār-Asarhadón, en el área de Sidón. Mientras que Arados, Biblos y Tiro mantenían una relativa independencia (Moscatti, 1979: 39; Botto, 1990: 82). En su tercer año de reinado (677 a.C.), Asarhadón conquistó Sidón (Borger, *Asarhaddon* 48s. II 65-III 19); pero siete años después (671 a.C.), este monarca tuvo que sofocar de nuevo una rebelión encabezada esta vez por Baal de Tiro, quien se sintió heredero del reino de Luli tras firmar un tratado de vasallaje con Asarhadón (675-671 a.C.) y se unió a Taharca de Egipto (690-664 a.C.) (Liverani, 1995: 541s; Padró, 1996: 359s.).

Bajo *Assurbanipal* (668-631 a.C.) la política exterior asiria en Siria-Palestina se centró en la resolución de varios acontecimientos (Elayi, 1983: 46s.): 1º. la guerra contra Egipto (Borger, *BIWA* 211-215), 2º. La obtención del tributo de los reyes fenicios (Borger, *BIWA* 18ss. y 212) y 3º. la sumisión de los focos conflictivos: Arados (cf. 2.2.1. Arados y las grandes potencias); Tiro, Ušu y Akka (cf. 5.2.3. Tiro bajo las grandes potencias).

Por lo que al final del imperio asirio, la situación de la costa sirio-libanesa quedó constituida por tres provincias: Simira, Sidón y Ušu y tres ciudades con situación especial: Arados, Biblos y Tiro (Liverani, 1995: 542).

2. Fenicia bajo la hegemonía egipcia y caldea

Con Assurbanipal, Asiria obtuvo su máximo esplendor, el imperio parece más extenso y fuerte que nunca, pero en los últimos años de su reinado éste empezó a palidecer (KLIMA 1980: 57s.; Liverani, 1995: 628, 680). Del decenio 635-626 a.C. sabemos muy poco, Assurbanipal debió morir en 631 a.C. y Kandalanu, rey de Babilonia, murió en 627 a.C. Tras la muerte de este último, nadie ocupó su puesto, por lo que los asirios ya no controlaban esta región del imperio (Roux, 1990: 392s.; Pettinato, 1994a: 33s.; Liverani, 1995: 680). Durante los años 626-623 a.C., se reforzó la rebelión anti-asiria de Babilonia, que desembocó en el reconocimiento como rey a Nabopolasar de Bit-Yakin, quien gobernaría de 625 a 605 a.C. (Pettinato, 1994a: 43-55; Liverani, 1995: 680). Nabopolasar llegó tarde para ayudar al medo Ciaxeres, quien ya había tomado Assur (614 a.C.), pero esto no fue obstáculo para que realizaran un pacto formal. Dos años más tarde (612 a.C.), ambos se unieron para atacar Nínive (Roux, 1990: 395s.; Liverani, 1995: 683s.) y rematar al tercer año un imperio de tres siglos.

Mientras que medos y babilonios se disputaban los despojos del imperio asirio, *Necao II* (609-594 a.C.) conquistó por fin Siria-Palestina, instalando su límite fronterizo superior en Cárquemis (Moscati, 1979: 40; Roux, 1990: 397; Liverani, 1995: 682s.; Padró, 1996: 366s.). La Biblia nos informa sobre su marcha hacia el Éufrates y su victoria sobre Josías (609 a.C.) (2 Reyes 23: 29s.; 2 Crónicas 35: 20-23).

Nabopolasar, ya en edad avanzada, confió el mando de las operaciones militares en Siria-Palestina a su hijo Nabû-kudurri-uşur (Nabucodonosor II). Maniobras que desembocaron en la batalla de Cárquemis (605 a.C.) donde el ejército egipcio fue derrotado y perseguido hasta IJama (Wiseman, *Chronicles* 59ss.; *Jeremías* 46: 2; Josefo, *Antigüedades Judaicas* X 219-222; Josefo, *Contra Apion* I 132-136). Suceso que supuso un grave retroceso en las aspiraciones egipcias sobre la región (Roux, 1990: 398; Pettinato, 1994a: 74s.; Liverani, 1995: 683).

Bajo *Nabucodonosor II* (605-562 a.C.), los caldeos afianzaron su dominio sobre Siria Palestina (Arcari, 1989: 169ss.). Una hegemonía que se fraguó durante sus siete primeros años:

– En el 604 a.C., inició una campaña contra Siria-Palestina (Wiseman, *Chronicles* 68s.; *Jeremías* 47: 2-7; *KAI* Nr. 266 –carta del rey de Ecrón al faraón–) que culminó con el pago del tributo de «todos los países de Hatti» (Wiseman, *Chronicles* 68s.).

– Durante tres años (603-601 a.C.), mantuvo un control sobre Siria-Palestina (Judá pagó tributo a Nabucodonosor según 2 Reyes 24: 1), hasta que en el año 601 a.C., el monarca babilónico efectuó una campaña contra Egipto (Wiseman, *Chronicles* 70s.).

– Al año siguiente (600 a.C.), Egipto respondió con la conquista de Gaza (*Jeremías* 47: 1; Heródoto II 159). Esta respuesta fomentó una revuelta judía (2 Reyes 24: 1) que fue reprimida por el ejército caldeo en 599 a.C. (Wiseman, *Chronicles* 70s.; 2 Reyes 24: 2-7).

– Como esta actuación no fue definitiva, Nabucodonosor tuvo que intervenir personalmente contra Judá en 598 a.C. (Wiseman, *Chronicles* 72/73; 2 Reyes 24: 10-13) y realizar una deportación masiva a Babilonia (2 Reyes 24: 14-16; *Jeremías* 52: 28).

La llegada al poder de un nuevo faraón: *Psamético II* (594-588 a.C.) debió influir en la proclamación de una reunión de delegados de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón con Sedecías de Judá (*Jeremías* 27: 1-3) para discutir la posibilidad de un nuevo acercamiento a Egipto (Katzenstein, 1997: 315). El fracaso de esta «asamblea internacional» anti-babilonia se debió más por el movimiento de tropas babilonias (Wiseman, *Chronicles* 74s.) que por el desinterés del faraón en Asia (como algunos autores destacan; véase p. ej. Trigger *et al.*, 1985: 352; Padró, 1996: 368), si nos atenemos a los datos que nos arroja un documento egipcio sobre un viaje «diplomático» de este faraón a Fenicia (Leclant, 1968: 18; Drioton-Vandier, 1981: 507; Katzenstein, 1997: 316s.).

Su sucesor *Apries* (588-568 a.C.), sí que efectuó operaciones militares en Chipre, Fenicia y Filistea (Trigger *et al.*, 1985: 352s.; Roux, 1990: 399; Padró, 1996: 368s.), apoderándose de Gaza y realizando ataques contra Tiro y Sidón (Heródoto II, 161; Diodoro, I 68: 1). La proximidad del ejército egipcio fue sin duda lo que animó a Sedecías de Judá para rebelarse contra Babilonia y pedir ayuda a Egipto (*Ezequiel* 17: 15). Estas campañas egipcias en Siria-Palestina provocaron la reacción de Nabucodonosor (Roux, 1990: 399s.; Pettinato, 1994a: 95s.; Liverani, 1995: 530, 542) quien asedió y conquistó Jerusalén durante 18 meses (587/586 a.C.) (2 Reyes 25: 1-17; 2 Crónicas 36: 16-20; *Jeremías* 34: 1-18; *Jeremías* 39: 1-9) y sitió durante 13 años (585-572) la ciudad-isla de Tiro (*Ezequiel* 29: 17-18; Josefo, *Contra Apion* I 156). En el año 568, Nabucodonosor decidió finalmente atacar a Egipto (Wiseman, *Chronicles* 94s.; *Jeremías* 43: 8-13, 46: 13-26; *Ezequiel* 29: 17s.; Josefo, *Antigüedades Judaicas* X 181s.), pero no se puede afirmar que llegó al valle del Nilo (Roux, 1990: 400).

Sobre los hechos de *Evil Merodac* (561-560 a.C.), cabe destacar la amnistía de Jeconías (2 Reyes 25: 27-30), medida que también favoreció a otros reyes vecinos (Liverani, 1995: 686).

Después de Neriglissar (559-556 a.C.) y su hijo Labaši-Marduk (556 a.C.), un usurpador llamado *Nabónido* (555-539 a.C.) llegó al poder de Babilonia. Este rey tuvo que legitimar su coronación para superar un doble inconveniente: oriundo del norte y personaje ajeno a la familia real, como describen sus inscripciones. Además el clero de Marduk, según una apología del conquistador Ciro, no le perdonó ciertas actuaciones. Le acusó tanto por su política religiosa: mayor protagonismo de la diosa Sîn; como por su política nacional: abandono de Babilonia para construir en Temâ de Arabia una ciudad a su semejanza (Roux, 1990: 401-406; Pettinato, 1994a: 219-240; Liverani, 1995: 686-690). Sobre sus actuaciones en Siria-Palestina poco sabemos, tan sólo algunos datos sobre la demanda de mano de obra para las obras edilicias fomentadas por él, especialmente en la reconstrucción de los templos en Harrán y Sippar (Langdon, *NBK* 220/221); la llegada de miles de maderos de cedro para esas obras (Langdon, *NBK* 226/227); y algunos datos relativos al comercio con la región sirio-palestina (Oppenheim, 1969: 239; Flat, 1991: 33).

Como balance final de este periodo, cabe decir que Fenicia entró a formar parte del organigrama del imperio caldeo en el séptimo año de Nabucodonosor (Klengel, 1992: 233; Liverani, 1995: 542). El «Prisma de Nabucodonosor» (Unger, *Babylon* 281-294), en su parte final (570 a.C.), ofrece información sobre sus reyes vasallos. De éstos sólo tenemos constancia de los de las ciudades costeras fenicias: Arados, Sidón y Tiro y las filisteas: Gaza y Asdod (Unger, *Babylon* 281ss. col. IV 23-27: LUGAL ša KUR Šu₂-u|r-ri/LUGAL ša KUR Ĥa-az-z[a-ti]/LUGAL ša KUR Ša²-a-d[u-ni]/LUGAL ša KUR Ar-ma|da/LUGAL ša KUR Aš₂-d[u du]).

Otro asunto fue el impacto socio-económico de la actuación caldea en Siria-Palestina. Nabucodonosor benefició a las gentes de esta región, si nos atenemos a lo expuesto por Nabucodonosor en su Inscripción de Wadi Brisa (Líbano): «Yo he hecho vivir a los habitantes del Líbano como en campos (bien) regados y no he permitido que [les] molestase» (Langdon, *NBK* n° 19 IX 47-49). Sin embargo, él convirtió los bosques del Líbano en propiedad real, sacándoles los máximos resultados. Y aunque se mejoró la carretera que va del Líbano al Éufrates, no se hizo nada por repoblar el campo, ni por reconstruir las ciudades, una política de miras muy limitadas (Liverani, 1995: 684; cf. también Langdon, *NBK* n° 19 IX 35-44 e *Isaías* 14: 4-23).

Y además Nabónido, quien dio un impulso a Temâ de Arabia y su área de influencia, fomentó la salida al mar de las rutas caravaneras sudarábigas, por lo que las ciudades costeras fenicias y filisteas sacaron buen partido de su papel nodal entre el imperio sirio-mesopotámico y la nueva realidad mediterránea (Dandamaev, 1989: 40s.; Liverani, 1995: 690).

3. Fenicia durante la época aqueménida

El 23 de octubre del año 539 a.C. Ciro entró en Babilonia. Con la conquista de esta ciudad, el monarca persa no sólo se hizo automáticamente con los territorios mesopotámicos, sino también con los sirio-palestinos (Dandamaev, 1989: 59; Liverani, 1995: 710). Pero fue, sin embargo, hacia el 520 a.C. cuando la práctica totalidad del Próximo Oriente reconocía a Darío (522-486 a.C.) como rey, después de atajar las revueltas de Nabucodonosor III y Nabucodonosor IV (Roux, 1990: 426). La división del imperio en veinte satrapías realizada por Darío supuso la culminación definitiva de la organización administrativa del mismo (Heródoto III, 89-94), donde la quinta satrapía estaba formada por Siria, Fenicia y Chipre (Heródoto III, 91: 1). Una satrapía testimoniada en acadio: *eber nāri*, arameo: *ʿbr nhr* y en hebreo: *ʿbr hnhr*, y que podemos traducir como la «transeufrática» (Dandamaev-Lukonin, 1991: 165s.; Lemaire, 1994: 13s.; Rainey, 2001: 57s.).

La incorporación de Fenicia en la quinta satrapía no modificó mucho el *status* de las ciudades-estado fenicias. Biblos, Sidón, Tiro y Arados conservaron sus dinastías locales autónomas (Elayi, 1989: 12; Dandamaev-Lukonin, 1991: 173; Elat, 1991: 30; Bunnens, 1995: 234ss.). Sidón alcanzó un alto poder militar, como lo demuestra el hecho de que encabezara el 480 a.C. la flota fenicia que fue utilizada por los persas contra Grecia en la batalla de Salamina (Heródoto VII, 96: 1, 98 y VIII 67), que desembocaría en un mayor poder territorial como lo confirma la inscripción fenicia de Ešmunazar (*KAI* 14: 18-20). De ahí que Sidón asumiera el liderazgo en Fenicia (Elayi, 1980: 25s.; Dandamaev, 1989: 208), llegando esta ciudad a ser elegida como capital de la satrapía (Diodoro XVI, 41: 2). Aunque si bien cayó en desgracia el año 351 a.C. cuando la ciudad fue destruida por Artajerjes III (Diodoro XVI, 45: 4-5), después de que Tennes, el rey de Sidón, seguro de su poderío naval y económico, encabezara una sublevación contra los persas (Diodoro XVI, 41: 1-6-42: 2; cf. Elayi, 1980: 26ss.; Dandamaev, 1989: 307s.).

Tiro ante Alejandro (332 a.C.) ofreció el último intento de independencia de una ciudad fenicia (Diodoro XVII, 40; Curcio IV, 2-4; Arriano II, 18-24; cf. Dandamaev, 1989: 323s.). Con la conquista del macedonio las ciudades

fenicias se vieron absorbidas por la cultura helenística, para acabar siendo incluidas en la provincia romana de Siria. La dominación griega, cuya cultura había atraído a los fenicios mucho antes de la conquista de Alejandro, fue más intensa e intransigente que la aqueménida, cuyo dominio no había producido una aculturación. Una actuación que desembocó finalmente en una progresiva destrucción de la civilización fenicia (Elayi, 1980: 27s.).